

Deseo™

LLAMAS de PASIÓN

Amor candente

DAY LECLAIRE

Amor candente

Day Leclaire

5º Llamas de pasión

Amor candente (2011)
Título Original: Dante's Ultimate Gamble (2010)
Serie: 5º Llamas de pasión
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1815
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Luciano "Luc" Dante y Téadora "Téa" de Luca

Argumento:

Evitar el infierno de la familia Dante… a cualquier precio.

La obligación familiar era lo único que podía hacer que Luc Dante, soltero convencido, cuidara de la heredera Téa de Luca. Pero cuando Luc sintió el calor del infierno de los Dante, una pasión arrolladora hizo que terminaran juntos en la cama.

Se suponía que solo iba a durar seis semanas… hasta que sus familias se enteraron. Luc accedió a casarse para respetar el honor de su familia, pero ¿acabaría aceptando a Téa como su amor predestinado?

Prólogo

—Necesito tu ayuda.

Si no hubiese sido su abuela quien se la hubiese pedido, Luc Dante no habría dudado en darle la espalda, pero tratándose de la mujer a la que quería con todo su corazón, le respondió:

—¿Qué puedo hacer por ti?

Ella lo miró con sus bonitos y sabios ojos color avellana. Unos ojos que también tenían un brillo de ese humor tan característico de su persona. La vio dudar y Luc se alarmó.

—Lo cierto es que, es una amiga mía la que necesita tu ayuda —admitió ella.

—Abuela…

—Escúchame, Luciano —lo interrumpió ella, que, a su manera, podía ser tan autoritaria como su marido, Primo—. Te acuerdas de mi querida amiga Marietta de Luca, ¿verdad? Estuvimos de vacaciones todos juntos un verano cuando eras niño. Todos la llamabais Madam. Hasta sus propias nietas la llaman así.

Luc tardó unos segundos en recordar la casa de veraneo de los Dante. El lago. Sus tres hermanos, su hermana y sus cuatro primos, todos corriendo desenfrenados. Y tres niñas pequeñas, las nietas de Madam de Luca, con el pelo rizado y moreno y los ojos negros como el azabache.

Había habido una cuarta niña, recordó, pelirroja, con la piel blanca y la mirada intensa, una niña que había pasado casi desapercibida, a la que casi no había oído hablar. Había pasado casi todo el verano leyendo.

Aquella chica lo había puesto… nervioso. Era la única manera de describir aquella sensación que había tenido siempre que la había tenido cerca. Había hecho que desease pincharla, provocar en ella alguna reacción, pero ella siempre había mantenido las distancias. Por algún motivo, su comportamiento había irritado a Luc, que habría hecho algo al respecto si sus abuelos no hubiesen estado tan pendientes de todo.

Luc apartó aquellos recuerdos de su mente.

—Me acuerdo de Madam —respondió.

También se acordaba de que había pensado que aquél sería el nombre perfecto para un perro. Recordó a la elegante señora, de pelo moreno, igual que sus nietas, una mujer que podría inspirar obediencia con tan solo una mirada.

—¿Qué le ocurre?

—Su nieta mayor, Téa, necesita tu ayuda durante unas semanas.

Él se preguntó cuál de las tres brujas sería Téa, aunque se temió algo todavía peor.

—¿Qué clase de ayuda? —preguntó en tono cauto.

—Bueno… —contestó Nonna suspirando—. Si te soy sincera, necesita un guardaespaldas.

Luc se puso en pie. ¡No estaba dispuesto a algo así!

—No.

—Luciano…

Fue cojeando hacia los ventanales de la sala de reuniones en la que su abuela lo había acorralado y miró hacia la ciudad de San Francisco. Cualquier otro día habría admirado las vistas, pero en esos momentos no pudo hacerlo.

—No me pidas que vuelva a pasar por eso —dijo en tono más duro de lo que pretendía.

—No fue culpa tuya —le respondió su abuela en voz baja.

Él giró sobre su pierna buena e intentó controlarse, pero no pudo evitar recordar la persecución, el todoterreno que aparecía de repente. El accidente de coche. El niño. Dios santo, el niño. El marido, muerto. La mujer, destrozada. El llanto. Las súplicas.

—¡Dejadme morir! ¡Quiero morir para estar con ellos!

Cerró los ojos y obligó a los recuerdos a volver al fondo de su mente.

—No puedo hacerlo, Nonna. No puedo.

—No es ese tipo de trabajo —le aseguró ella con tanta dulzura que Luc casi se sintió abrumado.

Esperó a haber recuperado la compostura.

—Si tengo que protegerla, sí es ese tipo de trabajo —la corrigió con sorprendente calma.

—Escúchame, *cucciolo mio*. Téa va a recibir una herencia muy importante cuando cumpla los veinticinco años —dijo, alzando la vista al cielo—. Si es que llega a cumplirlos.

—¿Alguien quiere evitar que los cumpla? —le preguntó él.

—No, no. No es eso. Es que Téa es… una inconsciente. Es una chica muy centrada.

Luc arqueó una ceja.

—Entonces, ¿es una inconsciente o está muy centrada?

Nonna se encogió de hombros.

—Las dos cosas. Es muy organizada y se centra en todo lo que llama su atención. Y eso hace que descuide lo demás hasta tal punto que ha tenido varios accidentes.

—Pues que la encierren en algún lugar hasta dentro de… ¿cuánto tiempo?

—Seis semanas.

—Pues durante seis semanas.

—Para empezar, la familia De Luca tendría que convencerla, y saben que no podrán. En segundo lugar, Téa es el pilar de la familia.

No puede tomarse seis semanas de vacaciones. Los De Luca tienen serios problemas económicos.

—¿Y qué va a cambiar cuando… Téa cumpla los veinticinco años?

—Tea recibirá un importante fondo y acciones en una empresa, con lo que podrá mantener a toda la familia para el resto de sus días. Si no cumple los veinticinco años…, no habrá dinero.

—Yo ya tengo un trabajo.

Era cierto. Más o menos. Era el jefe de seguridad de la empresa de mensajería de la familia, que transportaba todos los días diamantes, piedras preciosas y joyas, así que normalmente no tenía tiempo para cosas así, pero la empresa había tenido que cerrar temporalmente porque la policía y la aseguradora estaban investigando un robo.

Nonna lo fulminó con la mirada.

—No insultes mi inteligencia.

Luc suspiró.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Quieres que proteja a una patosa para que pueda cumplir los veinticinco años? ¿Eso es todo? ¿No hay ningún peligro? Solo necesitas un… canguro. ¿Es eso?

Nonna sonrió aliviada.

—Exacto. Téa de Luca necesita un canguro durante seis semanas y yo le he prometido a Madam que tú la cuidarías.

Capítulo 1

Luc estiró las piernas por debajo de la pequeña mesa que había en la terraza de un restaurante de moda de San Francisco. Intentó contener su impaciencia. A su lado, Nonna y Madam charlaban en italiano mientras esperaban a que llegase Téa de Luca, o la bruja número uno, que era como Luc la había apodado en secreto. Porque Téa llegaba tarde, cosa que lo sacaba de quicio.

Era de mala educación y, además, el trasfondo era que debía de creerse muy importante. Y él odiaba a las mujeres que tenían ese tipo de actitud y las evitaba como si tuviesen la peste.

Tomó un colín y lo pulverizó con los dientes. ¿Dónde demonios estaba? Él no podía pasarse allí todo el día, esperando a la bruja. Bueno, en realidad sí podía, ya que estaba temporalmente sin trabajo, pero habría preferido estar haciendo cualquier otra cosa.

Se aclaró la garganta y se inclinó hacia Madam.

—¿Dónde de…? —empezó, pero se corrigió al ver que su abuela lo fulminaba con la mirada—. ¿Le importaría intentar llamar a Téa otra vez, Madam?

—¿Has quedado con alguien después, Luciano? —le preguntó Nonna en tono dulce, pero reprendiéndolo con la mirada.

—La verdad es que sí —mintió él sin remordimientos.

Madam tomó su teléfono color lavanda como si fuese una mina antipersonal.

—No, no. No era así —murmuró con el ceño fruncido.

—Creo que, si le das varias veces, marca el último número —le explicó Nonna.

—¿Quiere que lo haga yo? —se ofreció Luc.

Madam le pasó el teléfono móvil con una divertida mezcla de alivio y altivez, lo que volvió a recordarle por qué la llamaban como la llamaban.

—Si no te importa, te lo agradecería.

—Encantado.

Luc le dio al botón de rellamada y esperó. Mientras tanto miró hacia la acera que había al otro lado de la verja de hierro que separaba la terraza del restaurante del resto de la humanidad.

Vio a varios viandantes atravesando apresuradamente el cruce que había justo delante del restaurante. Todos salvo una mujer alta que se detuvo en medio de la carretera, con un maletín y una voluminosa mochila de la que sacó tres teléfonos móviles. Sin saber por qué, Luc apartó su silla y se puso en pie sin apartar el teléfono de su oreja.

El semáforo empezó a parpadear, indicando que iba a ponerse rojo, pero la mujer pelirroja siguió mirando los tres teléfonos antes de escoger uno de ellos que, a pesar de la distancia, Luc vio que era de

color lavanda. Igual que el que él tenía en la mano. Y la vio abrirlo.

—¿Dígame? ¿Madam?

Luc dejó caer el teléfono sobre la mesa y corrió hacia la verja de la terraza, saltó por encima teniendo cuidado de aterrizar sobre la pierna buena e intentó correr a pesar del dolor. Entonces cambió el semáforo y los coches empezaron a avanzar.

«¡Saca de ahí a esa mujer!», se dijo a sí mismo. Recordando que su primo Nicolo le había contado cómo habían atropellado a su mujer, Kiley que, desde entonces, se había olvidado de todo su pasado y había tenido que empezar a construir nuevos recuerdos y una nueva vida junto a su marido, lo que incluía el próximo nacimiento de su primer hijo.

«¡Sácala de ahí!», se repitió.

Un taxi esquivó a un camión que se había detenido en doble fila y aceleró hacia el cruce. Era evidente que el taxista no había visto a la mujer, tal vez porque estaba maldiciendo al conductor del camión, mientras que la mujer seguía ajena al peligro, concentrada en su teléfono móvil.

«¡Sácala de ahí antes de que la pierdas para siempre!».

Luc creyó gritarle que se apartase y se concentró en correr mientras maldecía a su pierna, que iba a impedir que llegase a ella antes que el taxi. El conductor no la vio hasta el último instante, pisó los frenos haciéndolos chillar y Luc se obligó a correr todavía más a pesar de saber que jamás llegaría a tiempo.

Un segundo antes de que el taxi la golpease, Luc la agarró rápidamente y la giró hacia la acera mientras él se llevaba el golpe, e iba a aterrizar sobre su cadera mala. Sintió un dolor agudo.

—¡Hijo de perra!

La mujer lo empujó y su rostro apareció entre un montón de rizos rojizos, fulminándolo con sus ojos azules. Tenía las piernas y los brazos blancos y delgados. Se le habían torcido las gafas de lectura y había un montón de papeles y tres teléfonos móviles a su alrededor.

—¿Me has llamado perra? —inquirió.

—No exactamente —le respondió Luc, agarrándola por la cintura para ponerla de lado en el suelo.

Luego se sentó y volvió a sentir un fuerte dolor en la cadera. No estaba rota, pero tampoco estaba bien.

—¿Siempre te quedas parada en medio de los cruces para que te atropellen? —le preguntó él en tono severo.

Ella puso cara de indignación y se colocó bien las gafas, que se habían quedado torcidas del golpe.

—Me estaba llamando mi abuela —le explicó y, como si eso le hubiese recordado lo que estaba haciendo, buscó el teléfono móvil color lavanda y se lo llevó al oído—. ¿Hola? ¿Madam, sigues ahí?

—¡Téa! Dios mío. ¿Estás bien?

La voz no procedía del teléfono móvil, sino de la acera. Madam y Nonna avanzaban hacia ellos. Luc hizo un esfuerzo por ponerse en pie y le ofreció una mano a Téa. Y fue entonces cuando ocurrió. Un violento chispazo le quemó la mano y corrió por sus venas, haciendo que todo su cuerpo se pusiese alerta.

De repente, sintió un deseo tan fuerte y poderoso que tuvo que hacer un esfuerzo para no agarrar a aquella mujer y llevársela de allí a algún lugar privado donde pudiese hacerla suya.

Ella lo miró fijamente, sorprendida, como si también lo hubiese sentido. Separó los labios, como si le estuviese rogando que le diese un beso y sus ojos brillaron con un fuego azul. Su rostro palideció todavía más, haciendo que resaltasen las pecas de su elegante nariz.

Luego apartó los ojos de los de él y los bajó a sus manos unidas.

—¿Qué… qué ha sido eso? —murmuró.

Luc sabía lo que había sido, pero no podía creerlo. No podía creerlo porque era algo que desafiaba a la lógica y al entendimiento. No podía creerlo cuando todo su ser se negaba a admitir que pudiese ser cierto. Y aun así… Había sido exactamente como su abuelo se lo había descrito. Tal y como se lo habían contado sus padres y sus primos. Y era algo que él había tenido la esperanza de no sentir jamás.

—Eso ha sido imposible —respondió.

—¿Téa? —los interrumpió Madam—. Téa, te he preguntado si estás bien.

Ella soltó la mano de Luc y se giró hacia su abuela.

—Estoy bien —le aseguró—. Un poco asustada y maltratada, pero bien.

Luc frunció el ceño. ¿Maltratada? ¡Pero si acababa de salvarla de las garras de la muerte! Podía haber dicho que estaba sana y salva gracias a la generosidad de un extraño, que había sido rescatada por un pobre caballero lisiado al que bien le hubiese ido llevar una armadura de metal para evitar semejante golpe.

Antes de que le diese tiempo a decir nada, varios viandantes se detuvieron para ayudar a Téa a recoger sus pertenencias, que ella organizó a conciencia en su maletín y en su enorme bolso. El deseo que había sentido por ella se fue desvaneciendo y Luc fue incluso capaz de ayudarla a recoger sus tres teléfonos móviles. Uno de ellos estaba sonando.

Luc se dio cuenta de que Madam tenía lágrimas en los ojos y Nonna, el ceño fruncido, mientras que Téa estaba tan tranquila.

A él le estaba costando pensar, le dolía todo el cuerpo y Téa parecía no haberse dado cuenta de que habían estado a punto de atropellarla, a eso había que añadir lo que había sentido cuando sus manos se habían tocado y el hecho de que Téa pareciese haberlo

olvidado ya empeoró su estado todavía más.

Luc era un hombre de acción. Un hombre responsable. Era cierto que tenía un buen instinto, pero lo acompañaba de lógica y una capacidad de reacción que le habían salvado el pellejo en innumerables ocasiones en el pasado. Y que acababa de salvar el de Téa también, aunque ella no pareciese darse cuenta.

Él se obligó a recuperar el control y condujo a las tres mujeres hacia la terraza del restaurante. Les dijo que se sentasen y fue a buscar al camarero para que les sirviese algo de beber. Él se pidió una cerveza negra, más tarde se tomaría una docena de antiinflamatorios con una copa de *whisky*.

—Menos mal que has podido salvar a Téa de ese taxi —dijo Madam en cuando Luc hubo vuelto a la mesa.

Él se sentó y miró a Téa de forma dura.

—Si su nieta no se hubiese puesto a responder al teléfono en medio del cruce, no habría tenido que hacerlo.

Téa sonrió con dulzura.

—Me ha dicho mi abuela que eras tú el que me estabas llamando, así que la culpa es tuya.

—¿Mía?

El camarero llegó con las bebidas, pero se quedó inmóvil al oír el tono de voz de Luc.

—¿Cómo va a ser culpa mía que te hayas parado en medio de la carretera a responder al teléfono?

—Si no me hubieses llamado…

—Si hubieses llegado puntual…

—… yo no me habría parado a responder.

—… no habría tenido que llamarte, pero de nada.

Luc miró al camarero y le hizo un gesto impaciente para que dejase los vasos en la mesa.

—¿De nada? —repitió Téa.

Parpadeó y, como si acabase de darse cuenta de que tenía las gafas puestas, se las quitó de la nariz para colocarlas en su cabeza. Luego esbozó una sonrisa que transformó todo su rostro, que si unos segundos antes había sido muy bello, se convirtió en algo impresionante.

Luc notó calor en el vientre y volvió a desear poder llevársela de allí. En su lugar, tomó su cerveza y le dio un buen trago con la esperanza de que apagase el fuego que estaba sintiendo por dentro. Solo podía pensar en encontrar la manera de sacarla de allí y explicarle que tenían que hacer algo con lo que estaba ocurriendo entre ellos. Varias veces, si era necesario. Las que hiciesen falta, con tal de poder volver a pensar con claridad.

—Lo siento —le dijo ella—. ¿Podemos empezar de cero? Gracias

por haberme salvado. Y siento haber llegado tarde a la comida. No suelo pararme a responder al teléfono en medio de un cruce, pero era Madam quien me estaba llamando y siempre respondo a sus llamadas, sea la hora que sea, esté donde esté.

Habló con tanta precisión y seguridad que Luc entendió lo que su abuela había querido decirle al describir a Téa de Luca.

—Está bien —le respondió él.

—Dicho eso —continuó Téa—. No entiendo qué sentido tiene esta reunión. Agradezco vuestra preocupación, pero no necesito un guardaespaldas.

—Qué gracioso —murmuró Luc—, teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrir, yo diría que es justo lo que más te hace falta.

—Le podría haber ocurrido a cualquiera. Además, es posible que el taxi no me hubiese atropellado.

Luc tardó un par de segundos en reaccionar.

—¿Te has vuelto loca?

Ella le tocó el brazo, pero apartó la mano de inmediato. Tal vez porque volvió a sentir el mismo chispazo que él. Cada vez que se tocaban, lo que había entre ellos se hacía más fuerte y a Luc le tranquilizó ver que, al menos, Téa también tardaba en recuperarse para poder volver a hablar.

—Has hecho muy bien tu papel de héroe —dijo entonces al tiempo que aliñaba su ensalada—, y te lo agradezco, pero el taxista ha dado un volantazo en el último momento.

Él se inclinó hacia delante.

—Gracias a eso he podido evitar que te golpease, cosa que habría hecho si yo no te hubiese empujado —le contestó antes de meterse una patata frita en la boca.

—Luciano… —murmuró su abuela.

Él miró a Nonna y después a Madam. Ambas tenían la misma expresión, que era una combinación de miedo y sorpresa. Así que se dio cuenta de que se había pasado. Se echó hacia atrás y tocó la mano de Madam.

—Está sana y salva y le prometo que así seguirá.

—Gracias —le respondió ella con lágrimas en los ojos—. No sabes cuánto significa esto para mí.

—Un momento —los interrumpió Téa—. Yo no he dicho que esté de acuerdo.

Luc la fulminó con la mirada, aunque ella ni se inmutó, cosa que lo divirtió y lo frustró al mismo tiempo.

—¿No quieres que tu abuela esté tranquila?

Entonces fue ella quien pareció sentirse divertida y frustrada al mismo tiempo.

—Está bien —murmuró—. Muy listo.

—Vas a acceder, ¿verdad, Téa? —le dijo su abuela casi como si fuese una orden—. Así todos nos sentiremos mucho mejor. Juliann podrá concentrarse en su boda. Davida, en sus estudios. Y Katrina podrá…

—¿Seguir metiéndose en líos? —terminó Téa en su lugar.

—No tiene malas intenciones —dijo Madam suspirando—. Es solo mala suerte.

En ese momento volvió a sonar uno de los teléfonos de Téa.

—Hablando de Roma… —comentó.

—En ese caso, estamos todos de acuerdo —dijo Luc—. Seré tu can… —se aclaró la garganta—. Tu guardaespaldas durante las seis próximas semanas.

—De acuerdo —le respondió ella—, pero sé que ibas a decir canguro.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —respondió él, con expresión indescifrable.

Téa metió la mano en su bolso y puso los tres móviles en vibración. Luego siguieron comiendo y charlando de asuntos sin importancia.

Luc fue guiando la conversación y, cuando hubieron terminado de comer, pagó la cuenta. En ningún momento dejó de observar a Téa.

A pesar de haber seguido la conversación, era evidente que tenía la cabeza en otra parte. Debía de estar analizando su problema: él, para intentar encontrarle una solución.

—¿Se te ha ocurrido algo ya? —le preguntó Luc en tono divertido.

—¿A qué te refieres?

—A qué vas a hacer conmigo.

—Todavía no —admitió Téa con los ojos brillantes.

Aunque Luc supo que antes o después encontraría la manera de salir de aquel apuro.

—Madam, una pregunta rápida…

—¿Sí, cariño?

—¿Cómo vamos a compensar al señor Dante por su tiempo y dedicación? —preguntó sonriendo—. Los guardaespaldas no son baratos. Y ya sabes cuál es nuestra situación económica hasta dentro de seis semanas.

—Bueno, yo…

—¿No te lo ha dicho ya Nonna? —intervino Luc—. Puedes considerarlo el regalo de los Dante para tu veinticinco cumpleaños.

—Qué generosos —comentó Téa en tono educado—, pero no creo que pueda aceptar un regalo tan caro.

—Es un placer —añadió él en tono irónico—. Además, los canguros son mucho más baratos que los guardaespaldas.

Luego se levantó de la silla antes de añadir:

—¿Por qué no terminamos esta reunión en privado para poder

concretar los detalles?

—Excelente sugerencia —respondió ella recogiendo sus cosas—. ¿Qué tal si vamos a mi despacho?

Aquello no era precisamente lo que Luc había imaginado, no era lo suficientemente privado.

—Yo vivo aquí al lado —sugirió.

—No creo que sea buena idea —le dijo Téa.

Pero Luc ignoró su respuesta, se despidió de Nonna y de Madam con un beso y agarró a Téa por los hombros para salir del restaurante. La ayudó a entrar en un taxi que había justo en la puerta del restaurante y le dio al conductor la dirección de su piso.

Ella protestó y se mostró indignada. Entre los rizos rojizos y el brillo de su mirada, parecía un gato enfadado. Y Luc no pudo evitar sentirse satisfecho por haber puesto su organizado mundo patas arriba. Le parecía justo, teniendo en cuenta que ella también había alborotado el suyo.

El taxi acababa de arrancar cuando Téa le dijo:

—Tengo que volver al trabajo. No tengo tiempo para esto. No sé a qué estás jugando, Luciano Dante, pero no estoy de humor para juegos.

—Estoy haciendo lo que me ha pedido tu abuela. Si yo puedo dedicar seis semanas de mi vida a asegurarme de que cumples los veinticinco años, tú vas a tener que soportar mi presencia.

—Está bien.

Téa llamó a su despacho para avisar de que llegaría más tarde y luego lo fulminó con la mirada.

—Otra cosa… ¿Qué ha sido ese chispazo que he sentido cuando te he dado la mano?

—No tengo ni idea —respondió él encogiéndose de hombros.

—No me engañas —le advirtió ella—. He oído que los Dantes tenéis un don extraño que utilizáis con las mujeres. Que hace que caigan rendidas a vuestros pies, y en vuestras camas. ¿Es ése tu plan conmigo?

Capítulo 2

—¿Qué quieres caer rendida en mi cama? —inquirió él, dándose cuenta de que el taxista los miraba con sorpresa por el retrovisor.

—¡No! Claro que no.

—Qué pena, pero aun así lo intentaré… —comentó con ironía antes de mentirle de nuevo—. De verdad que no sé de qué me estás hablando, Téa.

—No me digas, pues hay muchos rumores acerca de cómo han conseguido tus primos a sus mujeres.

Luc entrecerró los ojos. Qué mujer tan tenaz. No estaba acostumbrado a que discutiesen con él. Estaba acostumbrado a intimidar. ¿Por qué no estaba funcionando con Téa?

—Pensaba que eras lo suficientemente inteligente como para no creerte esos tontos cotilleos.

Ella se ruborizó.

—¿Y ese chispazo que hemos sentido? —le preguntó.

—Electricidad estática —respondió él.

—Eso no ha sido electricidad estática —replicó Téa.

—Hablaremos de ello cuando lleguemos a mi casa —le contestó Luc, intentando zanjar el tema.

Pero no lo consiguió.

—Quiero que me respondas ahora —insistió Téa.

—Pues vas a tener que esperar —le dijo él, haciendo un gesto con la cabeza hacia el conductor—. Mientras tanto, cuéntame a qué te dedicas.

Ella miró hacia delante y lo entendió.

—Trabajo en Bling.

Téa le contó que Bling era como llamaban familiarmente a Billings, la empresa que suministraba oro y plata al imperio joyero de los Dante.

—En realidad, podría decirse que la empresa es mía —añadió.

Interesante.

—¿Podría decirse?

—Mi abuelo, Daniel Billings, me dejó la empresa en herencia hace unos meses, cuando falleció.

—¿Era el padre de tu madre? —le preguntó Luc.

—No. Mamá estuvo casada con Danny Billings, el hijo de Daniel, que murió en un accidente aéreo cuando yo era pequeña. Luego, cuando yo tenía nueve años, se casó con mi padre, bueno, mi padrastro. Fue entonces cuando estuve en la casa del lago con Madam. Mamá y papá estaban de luna de miel. Los De Luca somos una familia con mucha mezcla. Mis hermanas son hijas de él y yo, de ella, pero todos estamos muy unidos.

—Ah, ya lo entiendo. Aunque el nombre de Téa me suena raro para una Billings. La verdad es que suena a italiano.

—Es de un antepasado de los Billings. Téadora. Es una tradición de la familia que la primera hija del hijo mayor se llame así.

Luc inclinó la cabeza hacia un lado.

—Eso ya me encaja más.

—Gracias.

—Y vas a hacerte con la herencia de los Billings dentro de seis semanas.

Ella asintió.

—Todavía estoy aprendiendo.

—¿Y quién lleva las riendas de la empresa mientras tanto? —le preguntó Luc.

—Mi primo segundo, Conway Billings.

—¿Y si te ocurre algo antes de que cumplas años?

Ella le sonrió de oreja a oreja.

—¿Crees que mi primo querría que me pasase algo? —preguntó en tono de broma.

A él la pregunta le parecía muy seria.

—Te sorprendería lo que la gente es capaz de hacer por dinero. Confía en mí. He visto de todo.

—Connie, no.

—¿Connie?

Ella se encogió de hombros.

—Todo el mundo llama así a Conway. Supongo que, como guardaespaldas, estás acostumbrado a ver problemas donde no los hay, pero ése no va a ser el caso conmigo.

Volvió a tocarle el brazo como para tranquilizarlo, como había hecho en el restaurante, y volvió a apartar la mano enseguida. A Luc, la idea de que alguien desease tranquilizarlo lo desconcertó. Siempre había sido al contrario. Vio cómo Téa se frotaba la palma de la mano y él tuvo que controlarse para no hacer lo mismo.

—¿Falta mucho? —le preguntó ella, mirando por la ventanilla.

—Casi hemos llegado. Háblame de los accidentes que has sufrido.

—No he sufrido ningún accidente —respondió ella, sonriéndole de nuevo—. Es solo que no se me da bien hablar y andar al mismo tiempo.

—Eres una patosa.

Ella suspiró.

—Ojalá pudiese negarlo, pero ésa es la verdad. Supongo que estoy un poco distraída.

—¿Por los problemas económicos? —le sugirió Luc.

—En parte, sí. También estoy muy concentrada en aprender todo lo posible antes de tomar las riendas de Bling. No sabía que iba a

heredarlo, así que no está siendo fácil —le confesó—. A pesar de ser licenciada en administración de empresas por Standord, tengo mucho que aprender.

—¿Estás segura de que Connie no tiene un plan para evitar que cumplas los veinticinco?

Ella no dudó antes de responder:

—Estoy segura. Tiene pensado montar un negocio nuevo en cuanto yo tome el mando de Bling.

El taxi se detuvo, Luc pagó y fueron hacia la puerta de su urbanización. Abrió la puerta y le hizo un gesto a Téa para que entrase. Luego fueron hasta el ascensor. Una vez allí, Téa retomó el tema de conversación que habían dejado pendiente en el taxi.

—Bueno, ya estamos a solas —empezó.

—Sí.

—Pues dime por qué siento un chispazo cada vez que te toco. ¿Qué está pasando?

Él fijó la vista en los números digitales del ascensor.

—¿Será una atracción magnética? —sugirió.

—De eso nada.

—¿Qué tengo una personalidad eléctrica?

Téa resopló.

Él dejó que el silencio los consumiese mientras el ascensor terminaba de subir. Las puertas se abrieron directamente en la entrada de su piso.

Téa salió del ascensor y se quedó inmóvil.

—Dios mío, ¿todo esto es tuyo?

—Sí.

Para alivio de Luc, el interés de Téa por su casa hizo que dejase de hacerle preguntas acerca del Infierno.

—¿Vives aquí tú solo?

—Soy un poco solitario.

Al menos, últimamente.

Ella se tomó su tiempo y lo estudió todo: el austero interior, los aparatos electrónicos de última generación y las fotografías de familia que había en las paredes. Se centró en éstas y vio en imágenes el paso de Luc de niño a hombre. De la inocencia al cinismo. De la felicidad y la esperanza a la realidad.

Lo absorbió todo en silencio y luego se apartó de las fotografías, y Luc vio comprensión en su mirada y supo que había entendido lo que casi nadie había visto al mirar todas aquellas fotografías de grupo. Había visto la emoción, el dolor, y también la determinación. Siguió paseándose por su santuario, obligándolo a él a mirarlo con nuevos ojos. Habría resultado un lugar demasiado austero si no hubiese sido por las molduras de secuoya que acentuaban los altos techos así como

las partes del suelo que no tenían moqueta. La vio detenerse delante de los ventanales y contemplar la espectacular vista de la bahía con apreciación. Al parecer, le gustaba el ambiente despejado, cosa que no lo sorprendió.

Tampoco lo sorprendió ver que hacía un esfuerzo por volver a comportarse de manera profesional.

—De acuerdo, ha llegado el momento de las respuestas —anunció Téa, girándose hacia él—. Antes de que discutamos el asunto éste del guardaespaldas, quiero saber algo.

—Qué gracia, yo, también.

Luc se acercó. Le sorprendió que ella lo esperase y dejase que se aproximara tanto y tomase sus manos, mientras el deseo crecía entre ambos.

—¿Qué es eso? —susurró Téa como aturdida.

—Eso es el Infierno de los Dante. Lo que, si no me equivoco, significa que ambos estamos condenados.

Sin darle tiempo a reaccionar, la tomó entre sus brazos y la besó.

Téa notó una violenta ola de calor y deseo que le hizo olvidarse de la responsabilidad que tenía con su familia, cosa que no le había ocurrido desde los dieciséis años. La reacción de su cuerpo era la misma que cuando Luc le había dado la mano por primera vez. Notó que le ardía el estómago y que el calor descendía hasta el centro de su feminidad, deseó unirse a aquel hombre, se quedó despojada de toda sensatez y sentimiento, de todo instinto y lógica. Y fue todavía más allá.

Su desesperación creció hasta tal punto que, si Luc la hubiese tumbado en el suelo del vestíbulo, le habría permitido que la desnudase y se habría perdido en él. Solo la idea de tenerlo dentro, encima y alrededor de ella… la hizo estremecerse.

—Luc… —dijo en un suspiro mientras lo besaba con ansia.

Él apartó los labios de los de ella y recorrió la línea de su cuello hacia abajo. Téa no sabía cómo, pero se le había desabrochado la blusa y eso permitió que Luc explorase la suave curva de sus pechos.

—Creo que es la primera vez que veo una piel como la tuya. Tan pálida —comentó él besando la línea de su sujetador de encaje—. Me parece un tópico decir que es casi como la nata montada.

Ella rio suavemente.

—¿No te parece como pétalos de magnolia?

Luc sonrió, pero siguió mirándola con intensidad y deseo.

—Eso es, como pétalos de magnolia, pero todavía más suave.

Téa no sabía qué le pasaba. Ella no era así. Nunca hacía bromas, y mucho menos de aquel cariz, pero una caricia de Luciano Dante había bastado para hacerle perder el equilibrio. Sus teléfonos móviles empezaron a sonar y, haciendo un sonido de impaciencia, Luc abrió

una de las puertas que había en el vestíbulo, la de un gabanero, y metió su bolso y su maletín dentro.

Eso le dio tiempo a Téa para entrar un poco en razón.

—Espera, Luc. Podría ser una llamada importante —le dijo.

—No hay nada más importante que esto…

Luc la abrazó y ella dejó de pensar con coherencia. ¿Cómo era posible, si Téa siempre había tenido muy claras sus prioridades? Tal vez fuese porque jamás había conocido un deseo así. De hecho, era algo que siempre había evitado.

La familia siempre había sido lo primero. Había estado obsesionada con el deber y la responsabilidad desde la muerte de sus padres. Jamás bajaba la guardia ni se dejaba llevar por sus deseos. No había vuelto a hacerlo desde aquella ocasión en la que había estado a punto de destrozar todo su mundo.

Esa noche había aprendido la lección y, desde entonces, se había dedicado a ocuparse de su familia. No había nada más importante que eso. Nada. Al menos… Nada hasta que Luciano Dante había aparecido en su mundo y, con solo tocarla, la había hecho olvidarse de todo menos de una cosa.

De que deseaba a aquel hombre. Lo necesitaba. Durante muchos años, se había controlado, había cuidado de su familia y la había protegido. No podía permitirse ser egoísta, al menos, hasta que recibiese la herencia y pudiese ocuparse mejor de su familia.

Pero Luc le quitó aquel peso de encima con solo una caricia. Téa dejó de pensar y solo sintió deseo y una pasión que no había experimentado nunca antes, que jamás había sabido que existiese.

Él volvió a besarla, inhaló su aroma y Téa se tambaleó. La obligación y la responsabilidad se desvanecieron y dejó de pensar. Se quedó solo con una sensación desgarradora, intensa, indescriptible, arrolladora.

Sin dejar de besarla, Luc la tomó en brazos y fue con ella hasta un dormitorio, donde la dejó suavemente encima de unos almohadones, en un colchón, y luego se tumbó sobre ella, aplastándola con su calor.

Téa lo miró y estudió sus duras facciones. Tenía los pómulos marcados y la mandíbula cuadrada, una boca amplia y sensual, enmarcada por unos surcos que podían transmitir humor y desagrado, dependiendo de la situación. Llevaba el pelo muy corto y lo tenía casi negro, pero eran sus ojos los que dominaban el rostro. Tenía la mirada dorada, profunda y salvaje de un depredador. Eran unos ojos capaces de llegar hasta su alma y ver en ella lo que Téa más deseaba esconder.

No podía decirse que fuese un hombre guapo. Era poderoso, llamativo, agresivo, muy masculino. Tenía un rostro que parecía hecho para intimidar y que, al mismo tiempo, resultaba muy atractivo para las mujeres.

Era todo un ejemplar masculino. Un hombre duro, de cuerpo fuerte y musculoso y, aun así, sus caricias eran suaves, cuidadosas. ¿Cómo era posible que un hombre hecho para ser un guerrero pudiese ser tan delicado?

—¿Qué estamos haciendo? —consiguió preguntarle—. ¿Qué nos está pasando?

—Es el Infierno de los Dante.

Ella lo miró confundida.

—Ya sé que es un infierno pero ¿por qué es tan intenso?

Luc no pudo evitar sonreír.

—Así es como llaman a lo que estamos sintiendo. O, al menos, eso dice la leyenda.

Luc trazó con la mano la curva de su garganta y de su pecho y ella se estremeció.

—Les ocurre a los hombres de mi familia cuando conocen a determinadas mujeres.

Ella se echó a reír.

—¿Y cómo es que he tenido yo tanta suerte?

—No tengo ni idea.

—¿Y cuánto va a durar?

Él bajó la cabeza y sustituyó la mano por los labios.

—No tengo ni idea.

—¿Se…? ¿Se acabará si hacemos el amor? —le preguntó ella.

—Eso espero —contestó Luc sacudiendo la cabeza—. O tal vez no. Tal vez dure un tiempo. A mí no me importaría, siempre y cuando no sea permanente. Podríamos intentar resolverlo durante las próximas seis semanas.

Téa se sintió aliviada.

—Pero ¿se pasará?

Él retrocedió.

—Eso espero, porque yo no soy como mis primos, que terminaron casándose cuando les ocurrió. Yo no busco un cuento de hadas, ni un compromiso, ni siquiera busco el amor. Me entiendes, ¿verdad?

—La verdad es que no entiendo nada —confesó Téa.

Él volvió a sacudir la cabeza, como para aclararse las ideas.

—Esto no es algo permanente. Es una relación temporal. Sexo. Ni más ni menos. Si esperas un final de cuento de hadas…

—No te preocupes. No creo en los cuentos de hadas. Y mucho menos en los finales felices —admitió Téa poniéndose seria.

—Pero crees en esto.

Luc le desabrochó el sujetador y acarició sus pechos, haciendo que se olvidase de todo y gimiese de placer.

—Te pasa como a mí, crees en lo físico, en lo que puedes tocar, ¿verdad?

—Creo que no te va costar mucho trabajo convencerme —confesó ella.

Él sonrió de medio lado y sus ojos brillaron como el sol.

—Confía en mí. Cuando haya terminado, creerás.

Y ella se echó a reír como si no le preocupase nada. Tomó el rostro de Luc con ambas manos y lo besó. Su sabor la embriagó. Estuvieron varios minutos besándose despacio, profundamente. Aprendiendo, probando, descubriendo, pero no fue suficiente. Ni mucho menos.

Luego Téa intentó quitarle la camisa a Luc, cuyos botones se resistieron ante su falta de práctica, así que decidió abrirlos dando un estirón. Para su deleite, la camisa se abrió y por fin pudo acariciar su ancho y musculoso pecho.

Era la primera vez que se sentía tan libre con un hombre y se tomó su tiempo para explorarlo. Le acarició los pezones primero con las manos y después con la boca y le encantó oír gemir a Luc de placer. Jamás se había sentido tan poderosamente femenina y era una sensación embriagadora.

Fue descendiendo por su cuerpo hasta chocar contra una barrera. Por una vez, consiguió mover los dedos de forma coordinada y bajar la cremallera del pantalón de Luc para poder acariciar su sexo.

Estaba duro y caliente y se deslizó entre sus manos con urgencia. También era la primera vez que Téa hacía aquello. La primera vez que se dejaba llevar por la curiosidad y la necesidad de explorar. En esa ocasión, con Luc, no pudo evitarlo. Y él no intentó detenerla ni quiso ser quien llevase las riendas. En su lugar, la alentó con sus besos y sus palabras.

Téa se dio cuenta del esfuerzo que Luc estaba haciendo por controlarse mientras le quitaba el sujetador y la blusa, la falda y las medias, hasta dejarla solo con las braguitas de seda. Y ella estaba tan concentrada en su propia exploración, que casi no se dio ni cuenta.

Hasta que cambiaron las tornas y fue él quien empezó a estudiar su cuerpo. Bajando por el cuello hasta llegar a los pechos y al abdomen, avivando cada vez más su calor hasta hacer que se volviese loca de deseo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó entonces, confundida.

Él volvió a reír.

—¿No lo sabes?

—Estamos haciendo el amor. Yo…

Téa parpadeó, intentó respirar y volver a hablar.

—No recuerdo esta parte —añadió por fin.

—¿Esta parte? —inquirió él mientras le separaba los muslos y recorría su pierna a besos.

—No —dijo Téa—. No recuerdo esta parte.

Antes de que le diese tiempo a respirar de nuevo, Luc le quitó las

braguitas.

—¿Y esa parte?

Y entonces le dio el beso más íntimo que le habían dado nunca y Téa llegó al clímax sin esperarlo. Fue un orgasmo violento y espectacular y ella gritó. Nunca… Era la primera vez. Y se quedó inerte en la cama y tardó varios minutos en volver en sí.

—Esa parte tampoco —declaró entonces.

—Pues tendremos que repetirlo para refrescarte la memoria —dijo Luc mientras buscaba algo en el cajón de la mesita de noche y abría un envoltorio—, pero ahora no. Ahora tengo que recordarte otras cosas.

Y Téa se quedó tumbada debajo de él. Debajo de un hombre al que acababa de conocer. Un hombre al que le había permitido que la acariciase como no la habían acariciado nunca antes. Un hombre al que había dejado penetrar en su interior.

Todavía no se sentía saciada y estaba demasiado abrumada para hacerse preguntas.

Y antes de que le diese tiempo a darle más vueltas al tema, aquel hombre enterró las fuertes manos en su pelo y la miró a los ojos. Y Téa sintió que lo penetraba al tiempo que él la penetraba a ella. Se sintió unida a él, y no solo físicamente.

Y se entregó por completo, sin condiciones.

Él empezó a moverse y Téa dejó de pensar y se dejó llevar por el deseo de ser uno con Luc, de completar la conexión con él.

Entonces ocurrió, notó como su unión culminaba por primera vez. Se sintió fusionada a él. Y supo que aquel momento la había cambiado para siempre. Una parte de ella se asustó al darse cuenta y otra, se alegró.

Abrazó a Luc con fuerza, con brazos y piernas, y él siguió golpeándola cada vez con más energía, marcándola, poseyéndola. Haciendo que se muriese de deseo. Luc dijo su nombre.

Y entonces explotó. Jamás había sentido tanto placer. Luc disfrutó con ella de aquella caída libre.

Y por fin fueron uno.

* * *

Téa no sabía cuánto tiempo llevaba allí, pérdida después de tanta pasión. En algún momento la había abandonado la cordura, dejándola confundida. No obstante, era una confusión deliciosa, que hacía que todo su cuerpo se sintiese satisfecho.

Aunque lo más extraño era que no conseguía volver a hacer que funcionase su cerebro. Por mucho que lo intentase, solo podía pensar

en Luc y en cómo le había hecho el amor. La había poseído y la había marcado para siempre. Era como si se hubiesen unido de tal manera que ya jamás podrían separarse.

—Dios mío —comentó Luc a su lado—. Me parece que no voy a poder volver a moverme.

—Al menos tú puedes hablar —consiguió decir ella.

—Está bien. Yo hablaré. Muévete tú.

—No puedo.

—Vale. Ven aquí —le dijo, abrazándola por la cintura para acercarla más a él—. Vaya. Veo que sigue aquí.

Y Téa no tuvo que preguntar el qué. Podía sentirlo en su cuerpo, volviendo a avivar el deseo en él. Se estremeció y volvió a sentir calor.

—Sí, sigue ahí. ¿No se supone que se iba a pasar?

—Eso pensaba yo.

Luc volvió a mirarla con deseo, gimió y la besó otra vez, haciendo que perdiese de nuevo la cabeza y el habla. Téa lo abrazó y sus piernas volvieron a entrelazarse. Se besaron, primero despacio y después con más urgencia. Y un deseo irresistible sustituyó al agotamiento.

Téa se retorció entre sus brazos.

—Luc, por favor. Quiero…

Ni siquiera era capaz de expresar lo que quería. Lo quería a él. Quería más. Y él no necesitó que se lo dijese, ya lo sabía. Y respondió con una pasión que hizo trizas el mundo de Téa para reducirlo solo a estallidos de placer. Era como si toda la plata y el oro de su empresa se hubiesen fundido con los excepcionales diamantes rojos de la de él para formar una alianza inseparable.

Una alianza de la que no les iba a ser fácil escapar.

Capítulo 3

Téa despertó sobresaltada y, al contrario que la vez anterior, su cerebro se puso en funcionamiento inmediatamente, inundándola de advertencias y mensajes de preocupación.

—Oh. Dios mío.

Luc se movió debajo de ella, más guapo y *sexy* que nunca.

—¿Me estás pidiendo que lo hagamos otra vez o te has dado cuenta de lo que ha pasado y no sabes cómo salir de aquí?

—Esto… —empezó ella, separando su cuerpo del de él, a pesar de seguir sintiendo su calor—. Más bien lo segundo.

—Eso me había parecido.

Luc gimió y salió de la cama para ir cojeando desnudo hacia lo que debía de ser el cuarto de baño.

Téa dio un grito ahogado y él se detuvo en seco.

—Oh, Luc. Tu cadera —dijo ella, tapándose con las sábanas—. ¡Y tu rodilla! Dios santo, ¿qué has hecho?

Él hizo una mueca.

—Rescatar a una damisela en peligro. Ya ves qué tonto.

Ella tardó un segundo en entenderlo.

—¿Es culpa mía? —le preguntó, sintiéndose fatal—. ¿Por qué no me has dicho nada? Seguro que te duele. Tal vez debieras ir al médico, o a que te hicieran una radiografía.

—Si estuviese roto, no podría andar. Tenía pensado tomarme algo para el dolor, pero me distraje.

—Lo siento mucho, no sabía que te hubieses hecho tanto daño.

—No te preocupes, no es para tanto.

—¿Y tu rodilla?

Téa hizo amago de levantarse de la cama, pero el cambio en la expresión de Luc la dejó inmóvil. En un instante había pasado de ser la expresión de un amante a la de un guerrero. Alguien duro y peligroso, que había visto y hecho cosas inimaginables para ella.

—Es una vieja herida. No tiene nada que ver contigo ni con lo que ha pasado hace un rato.

—Pero seguro que lo de hoy le ha afectado.

—Sí, pero ha sido porque yo he querido. Y porque decidí que no quería que te atropellase un taxi.

—Gracias, de verdad, cuando pienso en cómo me he comportado durante la comida… —comentó sacudiendo la cabeza.

—Sí, no te he visto muy agradecida.

—Estaba distraída, aunque sé que no es una excusa. No sé cómo puedo agradecerte lo que has hecho por mí y siento haber hecho necesaria tu actuación.

Fue entonces cuando Luc la miró divertido y Téa se dio cuenta de

que la estaba provocando, como venganza por su comportamiento en la comida.

—No pasa nada —le dijo él—. La próxima vez dejaré que te pille el taxi.

Ella se echó a reír.

—Claro que no.

Si algo había averiguado de él en las últimas horas, era que se trataba de todo un caballero andante.

—No, me temo que no —admitió Luc suspirando antes de desaparecer por la puerta.

Téa oyó agua y supo que había adivinado bien, Luc estaba en el baño. Eso le daba a ella la oportunidad de recoger su ropa y ponérsela, aunque pronto se dio cuenta de que ciertas prendas estaban inservibles.

Atravesó el piso de puntillas, con la ropa en las manos, aliviada al ver que había un segundo cuarto de baño al lado de la habitación de invitados. En él se fijó en que había ciertos toques y productos femeninos, y se preguntó si la persona que había dejado aquello allí seguiría formando parte de la vida de Luc. Después de la ducha, se vistió y salió de allí. Oyó a Luc abriendo y cerrando los cajones del escritorio que había en su dormitorio y se detuvo.

Téa se mordió el labio mientras decidía qué hacer, si marcharse de allí como un ladrón, o si enfrentarse a la situación. Lo segundo le pareció lo más sensato.

Así que suspiró y fue hacia el salón. Allí se dio cuenta de que estaba anocheciendo. Sacudió la cabeza. ¿Qué había hecho con el tiempo? Era una idiota. Lo había perdido en la cama de Luc.

Entonces entró éste en el salón, dominándolo con la fuerza de su personalidad.

—¿Tienes hambre, o prefieres que nos emborrachemos directamente y finjamos que nada de esto ha pasado?

Ella no supo si estaba hablando en serio o no, y se giró a mirarlo.

—Creo que debería marcharme, pero antes deberíamos hablar de un par de cosas.

—Hablar de un par de cosas —repitió él—. Eso se merece una copa. ¿Estás segura de que no quieres tomar nada?

—No, gracias.

Él fue hacia el bar y se sirvió una copa de *whisky* con hielo. Hizo girar el líquido y luego se lo bebió de un trago antes de volver a mirarla.

—Está bien. Dispara. Supongo que vas a decirme que esto no puede volver a ocurrir. Que vamos a tener que trabajar juntos durante las seis próximas semanas y que deberíamos ser más profesionales. Fingiremos que no ha ocurrido y ya está. ¿Es eso lo que me vas a

decir?

Téa deseó poder llevarle la contraria, aunque Luc tuviese razón. Deseó poder decirle que quería vivir con él una tórrida aventura durante las seis semanas siguientes.

—Creo que sí, que me voy a tomar una copa —anunció.

—Buena decisión.

—¿Tienes vino?

—¿Tinto, blanco o algo intermedio?

—Tinto.

Luc le sirvió una copa, que ella bebió al tiempo que barajaba en silencio sus opciones. Mientras esperaba, Luc se puso otro *whisky*, pero en esa ocasión no se lo bebió de un trago.

Téa se aclaró la garganta.

—A ver, el problema es que, si estamos obligados a estar juntos es porque me distraigo mucho, intentando hacer malabarismos para compatibilizar mi trabajo con mi vida familiar. Así que no podemos permitir que esto nos distraiga… —dijo Téa arqueando una ceja—. ¿Cómo lo llamabas? ¿Un infierno?

—El Infierno —la corrigió él—. Con I mayúscula.

Ella sonrió.

—¿Y habías dicho que era una leyenda familiar?

—Sí —se limitó a responder él—. Eso dicen. Aunque yo no lo había vivido nunca antes…

—Hasta hoy.

—Eso es, aunque a mí me parece que es solo una manera de ponerle un nombre más aceptable a una pasión desaforada.

—Pasión —repitió ella, pensativa—. Pensé que habías dicho que todos tus primos se habían casado por culpa del Infierno.

—Eso es.

—Pero supongo que tú no tienes la intención de hacerlo.

—No sería un buen marido. No me gusta el compromiso. No obstante, soy un excelente amante.

Téa no pudo contradecirlo, pero tardó un momento en volver a concentrarse.

—Solo por curiosidad, ¿cómo tienes planeado escapar del Infierno, si ninguno de tus familiares lo ha conseguido?

—Tengo treinta años y una completa formación militar, además de otras destrezas adquiridas gracias a mi trabajo en el negocio de la seguridad. Satisfaremos el deseo y pasaremos página… Se trata solo de dejar que la razón gobierne al instinto.

Ella no supo si sentirse divertida o insultada.

—Creo que eso vuelve a situarnos en nuestro problema inicial. Tengo que confesarte que no sé qué me distraería más, si tener una aventura contigo, o intentar evitar tenerla.

—Solo por curiosidad. ¿Yo tengo derecho a voto?

—Solo por curiosidad. ¿Qué votarías?

Él se acercó con gracia a pesar de cojear. Le quitó la copa de vino de la mano y la dejó en una mesa junto con su *whisky*. Luego la abrazó.

—Voto por terminar con esto ahora mismo —le dijo antes de besarla.

Y el deseo lo arrolló de nuevo. Téa sabía tan bien, era un sabor tan dulce y femenino que no le cansaba nunca. Y vio que ella también disfrutaba del beso como muchas mujeres disfrutaban de una onza de rico chocolate.

Todo en ella lo atraía, desde su ligero aroma a las sutiles curvas que un rato antes habían descansado en su cama, la inteligencia que había en su rostro y la sombra azulada de sus ojos. Estuvo a punto de perder el control y volver a llevarla a su dormitorio. Tal vez lo hubiese hecho si el eco de sus últimas palabras no siguiese retumbando en la habitación. Así que terminó el beso.

Ella tardó un momento en recuperarse y entonces lo miró indignada.

—¡Eres un…! —espetó furiosa—. ¿Por qué me has besado después de lo que has dicho?

—Por si era mi última oportunidad —respondió Luc, encogiéndose de hombros.

Luego decidió no dejar que Téa le respondiese.

—Tengo algún socio que podría ayudarnos con nuestro problema, siendo tu guardaespaldas de manera temporal.

—¿Y lo nuestro? ¿Y el Infierno? —inquirió ella sorprendida.

—Ya te he dicho que tengo cuatro primos que lo describen como un deseo irrefrenable y que acabaron casados. A mí no me va a ocurrir. Yo no voy a comprometerme. No voy a casarme.

—Ni yo —replicó Téa—. Tengo otras prioridades en la vida.

—Estupendo. Entonces, será mejor que terminemos con esto antes de que se nos pueda escapar de las manos, ¿no?

Ella abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla al oír que sonaba su teléfono móvil. Horrorizada, corrió hacia el armario en el que estaban su bolso y su maletín y volvió con ellos al salón.

Se sentó en el sofá, sacó sus teléfonos móviles y los alineó con precisión militar encima de la mesa. Uno de ellos, negro y con besos rosas fucsias pintados empezó a sonar.

—¿Diga? Sí, Jules. Sí, ya lo sé. Estaba en una reunión —mintió, ruborizándose al hacerlo—. ¿Has hablado con Divinity de tu vestido de novia?

Luego escuchó en silencio durante unos segundos.

—No, no, lo entiendo. Si no puede ser, no puede ser. Ya te buscaré

una alternativa. Ahora tengo que hablar con Vida. No, no es más importante que tú, pero hasta mañana ya no podré hacer nada con respecto a tu vestido, lo siento.

Luego terminó la conversación tocando un botón y empezó otra:

—Davida, qué… —pausa—. Escucha. Si no apruebas esa asignatura, pueden echarte. No, yo no puedo ayudarte. Ve tú a hablar con el profesor. ¿Por qué has suspendido? Ah… Sí, es exasperación lo que oyes en mi voz. El hecho de haber ido a una fiesta el día anterior no es excusa para… No voy a discutir al respecto. Si no puedes solucionarlo con el profesor, tendrás que asumir las consecuencias —escuchó durante un segundo—. ¿De verdad? Pues si te echan, tendrás que trabajar en la sala de correo de Bling. Vaya, Vida, eso es estupendo. No sé cómo no se me ha ocurrido a mí que fueses a hablar con tu profesor y le suplicases clemencia.

Téa cerró el teléfono y un momento después éste empezó a sonar de nuevo.

—Téa… —empezó Luc.

Ella levantó un dedo, como pidiéndole un segundo y abrió el teléfono.

—¿Qué has hecho ahora, Kat? —preguntó—. ¿Otra vez? Es la tercera que te llevan a ver al director este mes. Escucha, ahora no puedo hablar. Madam me necesita. Ya lo discutiremos esta noche.

Cuando hubo terminado, Téa dudó con la mano encima del teléfono color lavanda que tantas complicaciones les había causado un rato antes. Estaba sonando, pero no contestó.

—¿Y? —le dijo Luc—. Pensé que respondías a todas las llamadas.

—Sí —confesó ella—, pero ahora no quiero hacerlo.

Eso lo divirtió.

—¿Te da miedo que sepa lo que has estado haciendo?

Téa lo fulminó con la mirada y asintió.

—Es capaz de leer la mente —le respondió muy seria—. No merece la pena intentar mentirle a Madam.

—No se va a enterar.

—Claro que sí. Ya lo verás —le aseguró justo antes de responder al teléfono—. Hola, Madam. ¿Qué ocurre? —le preguntó con forzada naturalidad.

—No es que sepa leerte la mente, es que tú no sabes mentir —dijo Luc.

Ella frunció el ceño.

—Nada. Nadie —le dijo a su abuela.

Luc rio y se acercó a Téa para quitarle el teléfono de la mano.

—Hola, Madam. Soy Luc.

—¿Luc? —repitió ésta después de una pausa—. ¿Es que todavía estáis juntos?

—Estamos cenando juntos mientras ultimamos los detalles.

La anciana se echó a reír.

—Me alegra mucho de que hayas accedido a hacer esto. Nonna me estaba diciendo que ella no confiaría en nadie más, ni yo tampoco.

—¿Está Nonna contigo? —le preguntó él, pensando que ya no podría deshacerse del trabajo.

—A mi lado. Hemos pasado el día juntas. De compras, de paseo. Ya sabes… ¿Quieres hablar con tu abuela?

—No, no. No hace falta.

—Desde la comida, nadie había podido hablar con Téa, y han pasado horas. No es normal en ella y estábamos empezando a preocuparnos.

—Insistió en apagar los teléfonos móviles mientras hablábamos.

—Bien hecho —dijo Madam—. Solo me sorprende que hayáis tardado tanto en llegar a un acuerdo.

—Ya conoce a su nieta —respondió Luc, mirando a Téa con deseo —. Es muy concienzuda. Le gusta examinarlo todo con precisión.

Téa se dejó caer de nuevo en el sofá.

—Sí, es un poco perfeccionista —admitió Madam.

—Ya me he dado cuenta. Cuando piensas que has terminado, quiere empezar de cero.

—Bueno, lo importante es que os pongáis de acuerdo.

—Se lo diré de su parte.

Luc colgó el teléfono y Téa se quedó mirándolo como si lo quisiera matar.

—¿Entonces? —preguntó Nonna—. ¿Todavía está Luc con Téa?

Madam asintió muy despacio.

—Interesante, ¿no?

—Mucho. No es posible que lleven tanto rato hablando solo del trabajo, ¿no?

—No —admitió Madam—. Eso me parece a mí también.

—¿Y qué piensas que han estado haciendo?

Madam miró a su alrededor para asegurarse de que nadie las estaba escuchando y susurró:

—Creo que han estado acostándose juntos.

Nonna contuvo una sonrisa.

—Bueno, ya nos había parecido ver señales del Infierno cuando se conocieron hace muchos años. Y creo que les ha vuelto a ocurrir. Lo mismo les pasó a Lazzaro y a Ariana y mira lo felices que son juntos. Esto confirma nuestras sospechas y significa que hicimos bien al planearlo todo.

—Tienes razón —le dijo Madam—, como siempre.

—Cuando aparece el Infierno ya no hay nada que puedan hacer. Con un poco de suerte, estarán demasiado ocupados para hacerse incómodas preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Tendrás que admitir que la historia de que Téa necesita un guardaespaldas no es demasiado creíble —comentó Nonna—. Luciano no tardará en darse cuenta de que, en realidad, tu nieta no corre ningún peligro. Hemos tenido suerte con el pequeño accidente de hoy.

—¡Suerte!

—No habría salido mejor ni aunque lo hubiésemos planeado —le dijo Nonna a su amiga—. Luciano es un buen chico, no te preocupes por tu Téa.

—Siempre me ha preocupado —admitió Madam con los ojos llenos de lágrimas—. Soy la única que se preocupa por ella. Cargó con todo desde que sus padres fallecieron. Ya sabes que se culpa de lo sucedido.

—Luciano la ayudará a aliviar esa carga —insistió Nonna—. Bueno, el primer paso ya está dado.

—El segundo será mucho más complicado —le advirtió Madam.

—Siempre te pueden pillar con las manos en la masa, sobre todo, cuando la naturaleza está ocupada siguiendo su curso.

—¿Y cuando eso ocurra?

Nonna sonrió de oreja a oreja.

—Entonces, el tercer pasó. La boda, por supuesto.

Téa fue hasta donde estaba Luc y le arrebató el teléfono.

—No me puedo creer que hayas hecho eso —le espetó.

—Seguro que no sabe nada.

—En cualquier caso, estoy de acuerdo con lo que has dicho antes.

—¿Al respecto de qué?

—Yo también voto con terminar con esto ahora. Así que decidido por unanimidad. A partir de ahora nuestra relación será solo de trabajo.

Él no se molestó en llevarle la contraria, dado que eso era lo que él también quería.

—Solo por curiosidad, ¿por qué tienes tres teléfonos en vez de uno?

—Porque tenía tantos mensajes que, uno solo, explotaba.

Él hizo una mueca y se relajó.

—Los teléfonos móviles no explotan.

—El mío explotó.

—Y entonces compraste tres.

—No, entonces me cambié a un PDA.

—¿Y luego?

—Para mí es muy importante la organización, así que decidí asignar un teléfono a cada necesidad. Mis tres hermanas en uno, mi abuela en el segundo y…

—¿Y?

Ella se encogió de hombros y evitó mirarlo.

—Y una línea privada, para mí.

—Ah. ¿Y quién te llama a ése?

Ella tardó en responder.

—A veces me llaman del trabajo —admitió—. Tenía pensado darlo de baja, ya que casi no lo utilizo.

—Pues no lo hagas —le pidió él.

Ella lo miró por fin.

—¿Por qué no?

—Porque ése será nuestro teléfono.

—¿Nuestro teléfono? —preguntó ella con el ceño fruncido—. No necesitamos un teléfono. Vamos a estar juntos el tiempo suficiente para que me digas en persona lo que necesites decirme.

—Durante las seis próximas semanas habrá momentos en los que no estemos juntos y tenga que ponerme en contacto contigo, pero si no me quieres dar ese número, puedes darme el que utilizas para tus hermanas.

—No, eso no es posible.

—¿Y el de Madam?

—No, imposible —dijo ella suspirando—. Supongo que tendré que darte el mío privado.

Luc buscó su teléfono móvil.

—Dame el número.

Y ella se lo dio.

—Pero en seis semanas te borraré de mi teléfono, de mi trabajo, de mi vida y… de mi cama.

—Entendido —le dijo él en tono irónico.

Téa se puso en pie como si fuese a marcharse.

—¿Te importaría llamarme un taxi?

—Claro. En cuanto aclaremos una cosa.

—¿Cuál?

—Ésta.

Se acercó a ella y la rodeó con ambos brazos. Para su sorpresa, Téa no intentó zafarse, en su lugar, sus curvas se adaptaron a la perfección a las de él.

—No íbamos a volver a hacerlo —protestó.

—No íbamos a volver a hacerlo cuando empezásemos a trabajar juntos, pero no empezamos hasta mañana.

—¡Tu pierna!

—Mi pierna sobrevivirá —le aseguró Luc sonriendo—. Son otras

cosas las que me plantean dudas.

Ella esperó unos segundos antes de abrazarlo por el cuello.

—Entonces, ¿sabes qué? —le preguntó, mordisqueándole el cuello—. Que yo te daré respuestas.

Él la tomó en brazos y la llevó de nuevo hacia la habitación.

—Si insistes.

—Insisto. De hecho, te lo pido.

—¿Me lo pides? —repitió Luc, dejándola en la cama—. Pues supongo que un hombre debe hacer siempre lo que debe hacer.

Y suspiró antes de llevarse la mano al cinturón.

Capítulo 4

A Luc no le sorprendió lo más mínimo descubrir que Téa se había marchado cuando se despertó. Menudo guardaespaldas estaba hecho.

El piso le resultó extrañamente vacío y silencioso, cosa que, hasta entonces, siempre le había gustado. Miró hacia la mesita de noche, donde estaba su teléfono móvil y se sintió tentado a llamarla, pero pensó que no tenía sentido, ya que estaría trabajando.

Así que se giró con la intención de levantarse y darse una ducha, pero algo lo detuvo. Fue un aroma sutil, que endulzaba el aire que había a su lado y procedía de la almohada. Luc la tomó y aspiró hondo.

El olor le saturó los pulmones e hizo que Luc la desease. Que desease repetir los excesos de la noche anterior. Pero, además, causó otra reacción que no había previsto y que era mucho peor, se frotó la palma de la mano como había visto hacer a otros hombres de su familia.

Luc llegó a Billings en menos de media hora. Pensó que era un lugar impresionante, un tanto pretencioso, en comparación con la empresa de la familia Dante. No obstante, si el propósito de la decoración era dar al visitante la impresión de riqueza y prestigio, lo conseguía.

La atractiva e impecablemente vestida recepcionista no solo le dijo que la señorita De Luca estaba allí, sino que, además, lo estaba esperando. Después de hacer una discreta llamada telefónica, examinó su identificación y le dio una tarjeta que le permitiría llegar a la zona de los despachos de la dirección de la empresa.

Luego lo acompañó hasta los ascensores y hasta apretó los botones por él. Luc no supo si lo hacía porque su cojera le dio mucha lástima, o porque pensaba que los hombres cojos no eran capaces de apretar botones.

Antes de que le diese tiempo a preguntárselo llegó un reluciente ascensor forrado de madera y cromo, en el que se escuchaba un aria operística como música de fondo y lo llevó directamente al piso en el que estaban los despachos de la dirección, donde otro recepcionista también impecable, aunque en este caso un hombre, lo acompañó por un pasillo lleno de plantas. Luego llamó a una puerta, la abrió e hizo pasar a Luc. Una pequeña grieta entre la multitud de rascacielos que se veía desde la ventana del despacho de Téa permitía el paso de la luz del sol y la vista de un poco de agua de un azul grisáceo. Luc entró y dio al recepcionista con la puerta en las narices, como para demostrarle que, al menos, era capaz de eso.

—Qué agradable —le dijo a Téa señalando hacia la fina línea del agua—. Tienes vistas a la bahía.

Ella apartó la vista de la pantalla de ordenador. Por un instante, Luc volvió a verla recién despertada. Entonces Téa sonrió, cortándole la respiración y haciendo que le picase la palma de la mano, pero Luc intentó ignorar ambas cosas.

—Buenos días —le contestó ella, haciendo que el picor aumentase.

—Te has ido —la acusó Luc sin saber por qué—. Te has ido sin despedirte.

—Sí.

Él no supo qué más decir. Fue hacia la ventana y se aflojó la corbata, que amenazaba con asfixiarlo.

—Tal vez éste sea un buen momento para decidir cómo vamos a arreglar lo de tu seguridad, ¿no crees?

—Pensé que ya lo habíamos hecho anoche.

Él dejó escapar una carcajada.

—Anoche hicimos muchas cosas que no debíamos hacer y ninguna de las que debíamos. ¿Crees que hoy va a ser diferente?

—Empezaremos de cero —sugirió Téa con naturalidad—. A ver si en esta ocasión somos capaces de hacerlo bien.

Él se giró a mirarla.

—Pues yo tengo la sensación de que anoche lo hicimos muy bien.

—No.

Luc volvió a ver en su mente a Téa tumbada en su cama, desnuda bajo la luz de la luna. Con sus piernas abrazadas a él. Su mirada. Su manera de gemir al llegar al clímax.

Hizo una mueca.

—Dime qué debo hacer para parar y lo haré.

Y Téa lo miró como con nostalgia, como si se estuviese debatiendo entre el deseo y la lógica.

—Luc —dijo ella, movida por el primero—. Yo…

Entonces empezó a sonar uno de sus teléfonos, rompiendo la tensión del momento. Y ella tomó la llamada y habló con Juliann de los preparativos de su boda. Acababa de colgar cuando la llamó Davida para ponerla al corriente de sus tribulaciones universitarias. Después fue Madam, que quería hablar con ella de varias cuestiones económicas. Solo faltó Katrina, tal vez alguien la había encerrado en una clase. O, todavía mejor, habían vuelto a llevarla a dirección.

Cuando Téa terminó de hablar, cerró el teléfono y lo miró con cierta perplejidad.

—Lo siento. ¿De qué estábamos hablando?

—No era importante —le contestó él—. ¿Siempre es tan exigente tu familia? —le preguntó después por curiosidad.

Ella se encogió de hombros.

—Soy una especie de figura materna.

—¿Y qué le pasó a tu madre?

—Falleció junto a mi padrastro en un accidente cuando yo era adolescente.

Entonces Luc se dio cuenta de que Téa se ponía una barrera para esconder todas sus emociones y supo que había algo mucho más que no quería contarle. Él también tenía un episodio en su vida que prefería mantener oculto, así que la comprendió.

—Supongo que Madam se hizo cargo de vosotras.

—Nos crió, pero yo fui la responsable de hacer el papel de madre.

—¿Y quién te dijo que lo eras?

—¿Que quién…? —repitió ella, frunciendo el ceño, confundida—. Nadie. No fue necesario.

—Vale. Solo por curiosidad, ¿qué edad tienen tus hermanas?

—Juliann, veintidós; Davida, veintiuno; y Katrina, dieciocho. Tiene que terminar el instituto dentro de un par de meses, o eso espero.

Eso confirmó las sospechas de Luc.

—Así que solo tienes dos años más que Juliann.

—Casi tres —respondió Téa en tono defensivo.

Él decidió retroceder y hablarle con más cariño y comprensión.

—De acuerdo, pero, aun así, para ellas no es suficiente para llenar el vacío que dejó tu madre —le dijo con una sonrisa—. Quiero decir que ambos estamos en la misma situación. Somos los hermanos mayores. Se supone que debemos ser un ejemplo para los pequeños, pero mi hermana Gia tiene seis años menos que yo y te aseguro que no me ve como una figura paterna. Ni mucho menos.

Téa se quedó dándole vueltas a aquello y tardó un minuto en volver a hablar.

—Probablemente porque tu padre todavía vive —respondió triunfante—, cuando nuestros padres se casaron, mis hermanas me veían a mí como si fuese… —se encogió de hombros.

—¿Una madre? ¿Con nueve años? —le preguntó él en tono amable.

—Bueno, más madura y distante. Tal vez como a una tía. Lo que evolucionó en una madre cuando nuestros padres murieron.

Luc pensó que, en resumen, sus hermanastras la habían hecho sentirse como a una extraña.

—Recuerdo la primera vez que te vi —le confesó.

—¿En el cruce?

—No, la primera vez, cuando éramos niños. ¿Tú no te acuerdas?

Ella jugó con una carpeta que tenía encima del escritorio, la abrió y la cerró.

—Sí —admitió después, levantando la vista.

—Entonces ya me causaste picores —se le escapó a Luc.

Ella se puso tensa.

—¿Picores?

—Me pusiste nervioso.

—Eras un mandón.

—Supongo que entonces actuábamos con mentalidad de grupo, y tú no encajabas en él.

—No.

Luc se inclinó hacia ella y le metió un mechón de pelo detrás de la oreja. Luego utilizó la mano para acariciarla.

—No querías encajar.

—Entonces, no —admitió ella, inclinando la cara hacia su mano—. No estaba acostumbrada a tanto ruido y confusión. Antes de que mi madre se casase, estábamos las dos solas y vivíamos muy tranquilas. Nuestra vida solo se alteraba cuando venían a casa los abuelos Billings.

—¿Y eso?

—Yo no me acuerdo de mucho, pero mamá decía que el abuelo era muy dominante. Aunque seguro que mandaba de manera muy educada, no como los Luca, que lo discuten todo a voces.

Luc sonrió.

—Los Dante también gritamos a veces, pero Nonna nos pone en nuestro sitio enseguida.

—Madam también lo hace. Golpea la mesa con los nudillos para que haya silencio…

—Puede llegar a ser muy intimidante.

—A mí al principio me aterraba —le confesó Téa.

—¿Y cómo se tomó tu abuelo Billings la noticia de que tu madre iba a volver a casarse?

—No se la tomó bien, de hecho, dejó de venir a vernos cuando mi madre se casó con papá. Por eso me sorprendió tanto que me nombrase su sucesora. Hasta entonces, yo había planeado estudiar Derecho.

—Llamas papá a tu padrastro. Y utilizas su apellido. Supongo que te adoptó.

—Sí, cuando cumplí los dieciséis. Y seis meses después…

Luc vio el brillo de las lágrimas en sus ojos y tomó su mano. Notó calor y fue una sensación agradable. En cierto modo, tranquilizadora.

—Lo siento, debió de ser muy duro perderlos a los dos.

—Habría sido peor si Madam no se hubiese hecho cargo de nosotras.

—Y ahora es el momento de compensarla por su generosidad.

Ella sonrió al oír aquello.

—¿Tan malo es?

—Estás tan distraída que casi te atropella un taxi.

—Es solo temporal —murmuró Téa—. En cuanto cumpla los veinticinco…

—Tomarás las riendas de una empresa enorme con muy poca experiencia y seguirás preocupándote por tus hermanas.

—¿Piensas que debería dejarlo todo?

—Hay otras opciones.

—Ninguna me permitiría tener la libertad económica que necesito.

En ese momento llamaron a la puerta y Luc vio cómo Téa hacía un esfuerzo por recuperar la compostura.

—Adelante.

Un hombre de unos cuarenta y pico años asomó la cabeza por la puerta y fingió sorpresa.

—Estás acompañada. ¿Interrumpo?

Téa sonrió y le hizo un gesto para que entrase.

—Tú nunca interrumpes, Connie. Entra, quiero presentarte a Luc Dante. Luc, mi primo Conway.

A Luc no le gustó su aspecto repulido, ni que hubiese fingido sorpresa al verlo allí, seguro que ya lo habían alertado de su presencia, teniendo en cuenta que la empresa de su familia era el principal cliente de Billings, y que Conway era quien dirigía Billings en esos momentos.

—Encantado —mintió.

—Igualmente —mintió Conway a su vez—. ¿A qué ha venido, señor Dante? —inquirió después.

—Puedes llamarme Luc.

—Luc —repitió Conway entre dientes.

—Estoy aquí en nombre de los Dante —dijo Luc girándose hacia Téa y tomando su mano—. Solo durante seis semanas, ¿verdad? Hasta que Téa asuma el mando de Billings. Dado que somos vuestro cliente más importante, queremos asegurarnos de que no surge ningún problema durante la transición, por eso voy a trabajar codo con codo con Téa durante este tiempo.

—Si no te importa, Connie —le dijo ella a su primo.

—Pues la verdad es que sí que me importa —respondió éste muy serio—. Si los Dante necesitan que les asegure que Billings seguirá prestando un servicio excelente…

Luc lo interrumpió sin la menor vacilación.

—No necesitamos que tú nos asegures nada porque ya no eres tú quien está al mando, sino tu prima.

—Luc —protestó Téa en un murmullo.

Conway se sonrojó un poco.

—No hasta dentro de seis semanas.

A Luc le extrañó la respuesta, sobre todo teniendo en cuenta que, según Téa, estaba deseando liberarse de sus obligaciones para iniciar otro negocio.

—Seis semanas es muy poco tiempo. Entonces, ¿no tienes nada que

objetar a mi presencia, verdad?

—La verdad…

—Eh, no pasa nada —lo interrumpió Luc—. Si no me quieres aquí, me marcho.

—Creo que eso sería lo mejor —admitió Conway—. Seguro que lo entiendes, Dante. Ésta es mi empresa.

—Nuestra empresa —lo interrumpió Téa molesta.

—Claro, claro, nuestra empresa. Y seguro que estás de acuerdo conmigo, Téa, en que no es adecuado tener a alguien aquí vigilándonos.

—Entendido —dijo Luc, sacándose el teléfono del bolsillo—. Voy a avisar a Sev de este desafortunado acontecimiento. No pasa nada, mi primo está acostumbrado.

—¿De verdad es necesario? —preguntó Conway.

—¿El qué? ¿La llamada o mi presencia aquí? Supongo que da igual, porque ambas cuestiones son cruciales para nuestras buenas relaciones.

—Si Conway se opone a que estés aquí, Luc, no puedes quedarte —intervino Téa—. Llama a Sev y pregúntale si quiere que nos reunamos para hablar del tema, pero déjale claro que todo está controlado y que la transición va a realizarse sin problemas. Connie, dado que nuestro contrato con los Dante expira muy pronto, te sugiero que empecemos a trabajar para presentarles una propuesta nueva.

Conway se puso tenso, como si no estuviese acostumbrado a que su prima le hablase de forma tan autoritaria.

—Está bien —dijo con frustración—. Si el señor Dante tiene que quedarse a supervisar ciertos aspectos de la transición…

—Luc.

Conway tardó treinta segundos en corregirse.

—Luc, si insistes en que tú presencia es necesaria…

—Insisto.

—Bueno, dado que pronto te pondrás al frente de la empresa, Téa, te encargarás tú de todos los detalles, aunque debo insistir en que me comentes cualquier cambio importante que quieras realizar —luego dudó un instante—. Con respecto a usted… Luc. Supongo que es justo que sea claro con sus intenciones.

—¿Mis intenciones?

—Exacto. ¿Está aquí para asegurar que la transición tiene lugar sin problemas o por algo relativo a la renovación del contrato? Si lo que quiere es un precio mejor…

—¿Puede ofrecérmelo?

—No, solo quería decir… Que espero que no piense que Téa va a ofrecerle un precio mejor porque es mujer y, por lo tanto, sensible a la influencia masculina.

—¿Influencia masculina? —repitió Luc—. ¿Quién crees que soy? ¿Y quién crees que es ella?

Conway retrocedió hacia la puerta.

—No pretendía… Tengo una reunión en un par de minutos, tendremos que seguir con esta conversación en otro momento. Téa, continúa con Luc. Estaré en mi despacho si me necesitas.

Y, dicho aquello, salió del despacho con toda la dignidad posible.

Luc esperó a que hubiese dado un portazo antes de mirar a Téa que, para su alivio, parecía divertida.

—¿Cómo voy a utilizar el sexo para convencerte de que ofrezcas un precio mejor? —le preguntó después de apoyar la cadera en el escritorio.

—No tendrías ninguna posibilidad —le aseguró ella.

—Eso me parece a mí, pero creo que Sev se sentiría decepcionado conmigo si no lo intentase.

—Lo entiendo.

—En ese caso, será mejor que hagamos lo que nos ha dicho Conway.

—¿El qué?

Luc sonrió.

—¿No lo has oído? Nos ha ordenado que continuemos. Yo sugiero que empecemos —dijo, inclinándose hacia ella—. Al fin y al cabo, él manda.

—Sí, pero solo durante seis semanas más —respondió Téa muy seria.

Y, entonces, se dejó llevar también por la atracción.

Capítulo 5

La semana siguiente pasó. En ciertos momentos, Téa tuvo la sensación de que lo hacía volando, en otros, era como si una sádica criatura detuviese el tiempo para que ella pudiese experimentar el peso del deseo que iba creciendo según iban pasando los días en compañía de Luc.

Era un deseo que no podía tolerar. Un deseo que no tenía tiempo de explorar. Y, sobre todo, que no se merecía después de lo que había hecho tantos años atrás.

Luc mantuvo su palabra. Después del beso que habían compartido tras la discusión con Connie, no volvió a tocarla. Al menos, como ella deseaba que la tocase.

Aunque conseguía trastornarla de otras maneras, como escondiéndole los teléfonos móviles cuando la veía demasiado ocupada como para atender además las llamadas de sus hermanas.

Téa miró el espacio vacío de su mesa y luego, a él.

—Dámelos.

Luc, que estaba leyendo el periódico, pasó de página.

—Relájate, Téa. Si hay alguna emergencia, llamarán directamente a Bling.

—No es eso. No puedes quitarme los teléfonos. Madam y mis hermanas dependen de mí.

—Es vital confiar en el equipo, pero también ser lo suficientemente independiente como para asumir el control si se pierde a uno de los miembros del equipo.

—¿Me lo puedes traducir, por favor?

—Si no dejas que tus hermanas sean independientes, cada vez lo serán menos.

—Mi familia no es una unidad militar —protestó ella.

—Jamás aprenderán a valerse por sí mismas si siempre acudes en su ayuda. ¿No será que quieres que dependan siempre de ti? ¿Sentirte necesitada?

—¡No!

—¿Son unas incompetentes? ¿Tienen algún impedimento físico?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué esa obsesión con controlarlo todo?

Téa apretó los labios y sacudió la cabeza, negándose a responder.

—Si no hay una emergencia, son capaces de ocuparse de sus asuntos al menos hasta que tú hayas terminado de trabajar. A mí me han encargado que te mantenga a salvo de cualquier distracción, y por eso he tomado la decisión de confiscarte los teléfonos. Te los devolveré a las cinco.

Ella no se atrevió a admitir que era un alivio no tener que estar

constantemente atendiendo el teléfono.

Luego se dio cuenta de que llevaba quince minutos mirando al vacío y se obligó a concentrarse en los documentos que tenía delante. Había algo que no encajaba en las cifras, pero no sabía el qué. Suspiró.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Luc.

—No lo sé. Nada.

Él se inclinó hacia delante.

—Si no te pasase nada, no estarías revisando el mismo informe por quinta vez esta semana.

—Estoy distraída. Por eso estás tú aquí, ¿recuerdas?

—Por supuesto. Parte del problema es que no duermes bien por las noches.

—Duermo bien —mintió ella.

—Según Madam, duermes unas cinco horas al día.

—Pronto pasará todo esto —dijo Téa.

—No, no pasará —replicó Luc, agarrándola de la mano—. Ven.

—¿Qué estás haciendo? —protestó ella—. Estoy trabajando.

—Es viernes y son casi las cuatro. Es hora de marcharse y a mí me esperan en casa de mis abuelos para una cena familiar. Es el cumpleaños de Rafe.

—Ah.

Téa intentó apartar la mano de la de él, pero Luc no se lo permitió. De todos modos, el cosquilleo que sentía en la palma no la molestaba tanto como cuando sus dedos se entrelazaban. En su lugar, la tranquilizaba a pesar de avivar el deseo que sentía por Luc.

Se aclaró la garganta.

—Vete a la fiesta. Te prometo que me quedaré aquí un par de horas y luego me iré directa a casa.

—Yo tengo una idea mejor. ¿Por qué no vienes conmigo a la fiesta? Y luego te acompañaré a tu casa, como todos los días.

Ella miró hacia el montón de papeles que tenía encima de la mesa. Sin duda alguna, prefería pasar las siguientes horas en compañía de Luc, pero no podía hacerlo, tenía responsabilidades, obligaciones.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Luc.

—Que yo nunca voy a fiestas.

—¿Y las cenas con tu familia? ¿Nunca celebráis un cumpleaños?

—De vez en cuando.

—Pues eso es. Una cena para celebrar el cumpleaños de mi hermano. Me gustaría que me acompañases. Por favor, Téa.

Ella supo que iba a ceder, no podía resistirse a la tentación.

—Está bien. Iré —contestó, mirando su traje de chaqueta negro—. No sé si voy bien vestida.

—Estás preciosa, como siempre. Solo tienes que darle al conjunto

un toque más informal.

—¿Perdona?

—Ya sabes, esas cosas que hacéis las mujeres. Deja. Te lo enseñaré.

Luc no tardó ni un segundo en quitarle la chaqueta y desabrocharle los tres primeros botones de la blusa. Mientras ella volvía a abrocharse dos, él le soltó la melena de rizos rojizos.

—Ya está. Solo te falta una cosa —comentó Luc entonces, quitándole las gafas que utilizaba para leer y dejándolas encima del escritorio—. Ya está, mucho mejor.

—Las necesito para leer.

—En la fiesta no vas a leer —le respondió él—. En la tarta va a poner: *Felicidades, Rafe.*

Ella estuvo a punto de sonreír.

—Gracias por decírmelo.

—Es un placer. Téa recogió su escritorio y tomó su chaqueta antes de salir del despacho.

—Mis teléfonos —le recordó, tendiéndole una mano.

Cinco minutos después estaban en el coche de Luc. Ella utilizó el trayecto para devolver algunas llamadas. En cuanto lo hubo hecho, Luc volvió a robarle los teléfonos.

—Durante las próximas horas, no estarás de guardia —le explicó.

Cuando llegaron a Sausalito y ascendieron por la carretera llena de curvas de la bahía el sol ya estaba muy bajo. Luc aparcó el coche delante de un portón de madera y la condujo por el exuberante jardín hasta el lugar en el que tendría lugar la cena, el sitio perfecto para estar al aire libre disfrutando de las vistas de la bahía. Al menos una docena de personas charlaban y reían a todo volumen, unos en inglés y otros en italiano.

Luc no se acercó a ellos de inmediato, en su lugar, se acercó a Téa y le dijo en un susurro:

—Espera un momento. Conociste a todo el clan de niña, pero supongo que no te acordarás de los nombres después de tantos años.

—No —admitió ella.

—Te haré un resumen. Ésos de ahí son mis primos —dijo señalando a un hombre que había sentado cerca de la mesa—. ¿Has tenido ya alguna reunión con Sev?

—Por ahora se está ocupando Connie de eso.

—Bueno, esta noche podrás al menos conocerlo. Ésos son los gemelos, Marco y Lazz. Y su hermano pequeño, Nicolo, que está sentado en el césped con su mujer, Kiley.

Señaló después a la mujer rubia y embarazada a la que estaba abrazando Sev.

—Es su esposa, Francesca. Kiley y ella están…

—¿Tan pronto?

—Sí. La mujer de Marco, Caitlyn, está hablando con la de Lazz, Ariana. Y mi hermana, Gia, es la que está sirviendo el vino. Ven te los presentaré a todos. Respira hondo…

—¿Y tírate al agua?

—Es un agua caliente y agradable.

Téa esperó sentirse como una extraña, pero los Dante pronto le demostraron lo contrario. No tardó en sentirse como una más.

Gia, que era la más extrovertida y cariñosa del grupo, le dio un abrazo y una copa de vino. Y mientras los hombres hablaban de deporte, las mujeres comentaban los próximos nacimientos.

—Por el momento, Nonna está ganando todas las apuestas —comentó Ariana.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kiley.

—Bueno, que dijo que ambas tendríais niños y así va a ser, ¿no?

—Es cierto —admitió Francesca acariciándose el vientre—, pero también dijo que tú serías la única de todas las que estábamos en tener una niña.

—Y también acertó.

Un segundo después toda la familia había comprendido lo que eso significaba y empezó a lanzar gritos de alegría y a hacer preguntas.

—¿Para cuándo es?

—¿De verdad es una niña?

Lazz se echó a reír.

—Todavía faltan casi seis meses y, sí, parece que será niña, aunque es un poco pronto para estar seguros.

Téa y Luc compartieron la alegría del resto mientras terminaban sus copas de vino. Luego, Luc la hizo ponerse en pie y le dijo:

—Vamos dentro a saludar a Primo y a Nonna.

Primo estaba en la cocina, que era enorme, supervisando la cena mientras varios familiares más terminaban los preparativos. Para sorpresa de Téa, todos eran hombres.

—Me está empezando a gustar su familia —le comentó a Luc en tono irónico.

—¿Porque son los hombres quienes cocinan?

—Sí. Aunque en la mía nos toca todo a las mujeres porque solo somos mujeres.

—La cocina y la jardinería son las aficiones favoritas de mi abuelo, espera a probar su pollo *al Marsala con peperoni rossi* —le dijo Luc.

—Mi italiano no es muy bueno, para desgracia de Madam.

—Bueno, pues ya veremos lo que podemos hacer al respecto.

La mirada de Luc hizo que a Téa le invadiese una ola de calor. Y ella pensó que aquél era su hombre. No sabía cómo había ocurrido ni por qué, pero era evidente que estaban hechos el uno para el otro.

Primo dejó de dar órdenes para acercarse a saludarlos.

—Bueno, así que es ella —comentó.

Y Téa no supo a quién había asustado más el comentario, si a ella o a Luc.

—¿Qué tal está, señor Dante? Soy Téa de Luca. Luc y yo trabajamos juntos. Es solo temporal.

—¿Señor Dante? —repitió éste—. ¡Llámame Primo!

—Primo —repitió Téa—. Encantada de conocerte.

—Si nos conocemos desde que eras una niña. ¿No te acuerdas de mí? Todo el mundo suele acordarse de mí.

—Lo siento, pero me acuerdo de la casa y del lago, pero de poco más.

Primo arqueó una ceja y la estudió con sus ojos dorados, que eran idénticos a los de Luc.

—Bueno, yo sí me acuerdo de ti. Eras una muchacha pálida y tímida, que parecía abrumada con tanta gente. Tenías el pelo muy rojo y estabas muy delgada. Y te pasabas el día leyendo, ¿verdad?

—Ésa era yo —admitió ella riendo.

Primo se giró y golpeó en el hombro a uno de los hombres que estaban detrás de él.

—Éste es Alessandro, el padre de Luc.

—Es un placer —dijo ella.

—Estoy cocinando, no puedo acercarme a saludar —comentó él—, pero hola.

—No, no te acerques, sigue cocinando —le ordenó Primo, acercándose después a otro hombre—. Éste es Rafe, uno de los Dante, más guapos. Por suerte, solo tenemos dos en la familia. Gia y Rafe. Menos mal que Rafe, además tiene cerebro, si no, lo habría ahogado de niño.

—Seguro que lo intentaste —comentó Rafe—, pero resultó que yo sabía nadar.

—Pues debí haberlo vuelto a intentar —dijo Primo acercándose a otro hombre—. Y este inútil es Draco. Todavía no sé para qué sirve.

—Soy el más encantador.

—Ése es Marco. Tú eres *l'instigatore*. El alborotador.

—Eso también es cierto —admitió Draco sin molestarse por el comentario.

Luego Primo volvió a dirigirse a Luc.

—Ve a ver a Nonna y a Elia con Téa. Tal vez se acuerde de tu *mammina* más que de mí —luego se inclinó hacia Téa y le susurró—: No las dejo entrar en la cocina hasta que no está todo listo.

—Me parece estupendo —le respondió ésta.

Primo sonrió.

—Me caes bien. Quiero que luego te sientes a mi lado.

—Gracias. Será un placer.

Después de aquello, la noche pasó volando. Téa se sentó al lado de Primo y se sorprendió a sí misma comiéndose todo lo que le ponían en el plato, que estaba delicioso y la cena, que duró horas, estuvo llena de gestos de cariño y risas.

Efectivamente, en la tarta ponía: *Felicidades, Rafe*, y después de que la comiesen, el homenajeado abriese los regalos y se recogiese la mesa, las mujeres se llevaron a Téa para tomarse un café y seguir hablando de bebés. Antes de marcharse, ella miró hacia donde estaba Luc como pidiéndole que la salvase, pero éste se limitó a sonreír. Un segundo después estaba frunciendo el ceño. Téa comprendió por qué al ver que se miraba las manos como si no le perteneciesen.

Mirando la prueba irrefutable de que era otra víctima más del Infierno de los Dante.

—Así que tú también —comentó Primo en cuanto las mujeres se hubieron marchado.

Luc lo miró confundido mientras su hermano Rafe sonreía divertido.

—¿Perdón?

—No te molestes en negarlo, Luciano. Tú también eres ya presa del Infierno.

—Téa de Luca es solo un trabajo, nada más.

Primo puso los ojos en blanco.

—¿Por qué sois todos tan testarudos? —inquirió después, atravesando la habitación para ir a buscar un puro.

—Nonna se va a enfadar si te ve con eso —le advirtió Rafe divertido.

—En ese caso, nos aseguraremos de que no se entere —dijo su abuelo antes de encenderlo—. Luciano, has presenciado el Infierno cada día de tu vida. Conmigo y mí querida Nonna. Con tus padres. Con cada uno de tus primos. ¿Acaso te crees inmune a él?

—Sí —afirmó él.

—Pues estás equivocado.

—A mí no me interesa tener una relación estable, ni casarme y tener hijos.

—¿Por lo que ocurrió? —le preguntó Primo.

Luc supo que no merecía la pena negar la realidad.

—Sí.

Después intentó rehuir de los recuerdos, sabiendo que, si no construía un muro lo suficientemente fuerte, lo consumirían. Rafe también le había advertido que tuviese cuidado cuando su propio matrimonio había fracasado.

Primo señaló a Luc con el puro.

—No se puede rechazar el Infierno. Tendrás que lidiar con él. Aunque puedes hacer como tu tío Dominic, que en paz descanse, y

destruir tu vida. O puedes seguir el ejemplo de tus padres y ser más feliz de lo que puedas imaginar.

—¿Y cuándo se termina?

—¿Quién dice que deba terminarse?

—Todo termina —insistió Luc con dureza—. El amor es un juego de azar. Cuando termina, no solo pierdes, sino que te deja destrozado. Y yo solo apuesto cuando sé que puedo ganar.

—¿Te estás refiriendo al accidente, verdad? —le preguntó su abuelo en tono comprensivo—. La muerte forma parte de la vida, Luciano, lo mismo que el amor. Nadie puede controlarla. Pero tampoco se puede ganar sin asumir riesgos. Acepta el amor ahora que tienes la oportunidad. No sirve de nada preocuparse por los demás.

Oyeron la voz de Nonna acercándose por el jardín y Primo se apartó el puro de la boca y se lo puso a Luc en la mano antes de que su mujer entrase en la cocina.

—Ya sabes lo que te ha dicho el médico de fumar —le advirtió su mujer nada más llegar.

—¿Acaso estoy fumando? —le dijo Primo.

—¿Acaso me tomas por tonta? —replicó ella imitando a su marido.

—Está bien, te prometo que a partir de esta noche no volveré a hacerlo.

Nonna asintió satisfecha.

—Estaba segura de ello.

Capítulo 6

La noche no terminó tan bien como había empezado.

Téa había esperado que Luc fuese a buscarla nada más terminar de hablar con Primo, pero en su lugar, Sev Dante, el director del imperio internacional de joyería, fue a sentarse a su lado. Ella le sonrió al verlo llegar, pero Sev no le devolvió la sonrisa.

Téa se puso seria.

—¿Ocurre algo?

Sev frunció el ceño, lo que la preocupó todavía más, y empezó a hablarle en voz baja para que no se enterase todo el mundo de lo que le decía.

—Sé que una fiesta de cumpleaños no es el lugar adecuado para tener esta conversación, pero Francesca ha insistido en que venga a hablar contigo —le dijo en tono solemne—. Y suele tener razón en estas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Téa con cautela.

—En los negocios.

Ella se puso tensa. Aquello no podía ser nada bueno cuando Sev fruncía tanto el ceño.

—Negocios… ¿Te refieres al contrato de Billings con Dantes?

Sev asintió.

—Pensé que Connie se estaba ocupando de eso.

Él la estudió con una mirada muy parecido a la de Luc, aunque tal vez tuviese los ojos un tono más oscuros.

—Digamos que tu primo no ha sido consecuente con las inquietudes que yo le he trasmitido. Así que, si te está representando a ti, no lo está haciendo nada bien —luego dudó antes de preguntar—: ¿Pronto estarás tú al frente de Bling, verdad?

—Solo faltan cinco semanas —le confirmó Téa.

—En ese caso, deberías saber que es posible que no renovemos nuestro contrato con vosotros.

Téa hizo un esfuerzo por mostrarse impasible mientras intentaba encontrar la manera de lidiar con aquella inesperada y alarmante noticia. No obstante, no pudo evitar sentir pánico. Si perdían el contrato con Dantes, la empresa estaría en peligro, su herencia se quedaría en nada y eso significaría que le habría fallado a su familia.

—¿Puedes explicarme por qué no quieres seguir haciendo negocios con Billings? —preguntó con sorprendente tranquilidad.

—Es una cuestión de calidad. La vuestra ha bajado mucho, todo lo contrario que los precios. Y hay otra empresa que nos ha ofrecido mejores precios y una calidad superior.

Téa se puso muy recta en su silla. Con cuidado, dejó la taza que tenía en la mano encima de la mesa de hierro forjado que tenía al lado

y se giró para mirar a Sev de frente.

—Nadie puede ofrecer una calidad mejor que la de Billings.

—Eso era cierto hace un tiempo —admitió Sev—, pero ya no.

Ella intentó buscar desesperadamente una solución.

—¿Y si te garantizase ambas cosas? ¿Podrías reconsiderar tu decisión?

—Tu palabra no vale mucho, teniendo en cuenta la calidad de la mercancía que hemos estado recibiendo —advirtió Sev—, pero dado que nuestras empresas han tenido tan buena relación, te daré un par de semanas para que intentes llegar al fondo del problema.

—Gracias. Lo estudiaré y te llamaré el lunes como muy tarde.

Sev asintió.

—Una última cosa…

Sev miró por encima de su hombro y Téa supo que Luc se estaba acercando. Podía sentirlo.

—¿Sí?

—Tu… empresa… con Luc no va a influir en mi decisión —le advirtió Sev en un susurro.

Y dicho aquello se levantó y volvió al lado de su esposa.

Luc miró a Téa e hizo una mueca. Desde que se habían marchado de casa de sus abuelos no había dicho más de una docena de palabras y estaba muy seria. Parecía tensa.

—Está bien, ¿vas a contarme qué ha pasado?

Ella estaba tan perdida en sus pensamientos que no supo si había oído la pregunta o se la había imaginado.

—No ha pasado nada —respondió de todos modos—. Ha sido una velada maravillosa. Gracias.

—De nada, pero cuéntame qué demonios ha pasado. Y no me digas que no ha sido nada. Ha pasado algo.

Téa se giró para mirarlo.

—Está bien, voy a contarte lo que ha pasado. Que me he dado cuenta de que he estado equivocada todo este tiempo. Me he dado cuenta de que mi distracción me está causando innumerables problemas y que tengo que terminar con ella.

Luc pensó que eso era una buena noticia.

—Y eso es bueno, ¿no?

Entonces, por qué no se lo parecía.

—Es excelente —admitió ella consiguiendo esbozar una sonrisa que no convenció a ninguno de los dos—. De hecho, es tan estupendo que ya no voy a necesitar más tus servicios.

Luc agarró con fuerza el volante.

—Ha estado bien intentarlo, pero… no vas a conseguir deshacerte de mí.

—Madam te contrató porque yo estaba distraída —le recordó ella

—. Y he dejado de estarlo. Nunca había visto una situación con tanta claridad.

Luc deseó poder acusarla de haber bebido demasiado vino, pero le había sorprendido ver que solo se tomaba una copa en toda la noche. No sabía quién le había dicho qué esa noche, pero no iba a parar hasta que averiguase qué había ocurrido.

—Soy tu regalo de cumpleaños, ¿recuerdas? —le dijo entonces, en tono demasiado brusco—. No puedes desenvolverme ni devolverme hasta que no tengas veinticinco años.

Téa no sonrió.

—Si insistes en vigilarme durante cinco semanas más, no podré deshacerme de ti, sobre todo porque Madam y Nonna están de tu parte, pero ya no necesito tu ayuda. Estoy más centrada que en toda mi vida.

Él la miró de reojo, con curiosidad, antes de volver a clavar la vista en la carretera.

—Ya. ¿Y cómo ha ocurrido tan de repente?

—Esta noche me he dado cuenta de cuáles son mis prioridades.

Y eso se suponía que era bueno.

—Eso es bueno, ¿no? —repitió.

—Es excelente —volvió a confirmarle ella—. A partir de ahora, seguiré el ejemplo de los Dante y pondré a mi familia por delante de todo lo demás. Tengo que hacerlo si quiero protegerla.

—Ah… ¿Genial?

Luc se maldijo.

—Sí, genial —dijo Téa muy seria—. Lo que significa que tengo que invertir todo mi tiempo y toda mi atención en Billings.

Eso no era bueno. Nada bueno.

—¿Todo tu tiempo y toda tu atención?

—Veinticuatro horas al día, siete días a la semana —le confirmó ella.

—¿Eso es lo que te ha hecho ver alguien en casa de Primo esta noche?

—Eso es lo que he aprendido.

—Ya veo.

Luc no supo a qué Dante iba a matar.

Él había estado en la misma situación que Téa. Había dedicado su vida entera en una causa. Y había estado a punto de morir por ella. Literalmente. En esas situaciones, alguien terminaba pagando siempre el precio de tanta dedicación.

Y Luc no quería que ésa fuese Téa.

El lunes por la mañana, Luc presenció con frustración cómo Téa

daba los primeros pasos hacia el cambio. Lo primero que hizo fue entrar en su despacho y darle a él con la puerta en las narices. Había estado hablando mucho tiempo con su primo y, al volver a su despacho, ni siquiera había mirado a Luc. Al parecer, la charla con Connie no había ido bien.

Después se había pasado tres horas seguidas revisando los documentos que había dejado encima de la mesa el viernes, con la expresión más seria que Luc había visto nunca en su rostro.

En un momento dado, Téa le había pedido que se fuese a otra habitación mientras ella hacía unas llamadas de teléfono. Era evidente que pasaba algo.

Luc esperó en la puerta de su despacho y decidió hacer una llamada también.

—¿Juice? Soy Luc. Necesito que me hagas un informe completo de alguien.

—No me has dicho ni hola —protestó el que había sido su socio—. Antes hasta me preguntabas qué tal estaba antes de pedirme algo. Me siento utilizado cuando vas directamente al grano.

Luc sonrió.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó después.

—Ser rápido, ¿de acuerdo?

—No es eso lo que suelen pedirme.

—Ya lo sé, pero yo, al menos, te respetaré por la mañana. Y te prometo que volveré a llamarte pronto, cariño.

Juice resopló.

—Vete al carajo —le dijo antes de colgar.

Téa salió del despacho con los brazos cruzados y los ojos brillantes detrás de las gafas.

—¿Has terminado ya?

—He terminado.

—Voy a marcharme de viaje de negocios, lo que significa que podrás tomarte un par de días libres —le anunció ésta.

Él esperó solo un instante.

—De eso nada, yo también me voy a ir de viaje de negocios —la corrigió Luc.

Ella levantó una mano.

—Es innecesario e imposible. Se trata de una cuestión de confidencialidad.

—De eso se trata mi trabajo.

—No en esta ocasión. Necesito hacer esto sola. Connie insiste y yo estoy obligada a acceder.

—Ah, bueno, si Connie insiste… —dijo él mientras la hacía entrar en el despacho y cerraba la puerta—. Entonces es todavía más evidente que voy a ir.

Téa frunció el ceño y Luc supo que estaba intentando buscar la manera de deshacerse de él. Entonces, la vio sonreír.

—De acuerdo —cedió, encogiéndose de hombros—. Puedes venir.

Pero Luc supo que había cedido muy pronto.

—¿Cuándo y dónde?

—El miércoles por la mañana, temprano.

—Entendido. ¿Quieres que mañana te recoja a la misma hora de siempre?

Ella volvió a sonreír con falsedad.

—Por supuesto.

Por supuesto.

Luc no se había equivocado.

Había sospechado que Téa intentaría escabullirse el martes por la mañana y tuvo razón. La esperó al amanecer, escondido entre las sombras y con la cadera apoyada en el muro de piedra que protegía la casa familiar de los De Luca. La puerta del garaje se abrió y Téa empezó a sacar el coche marcha atrás. Él se puso directamente en su camino.

Téa frenó en seco nada más verlo por el espejo retrovisor y el coche se detuvo. Ella apagó el motor y salió. No parecía alegrarse de verlo.

—Tenía. Que. Habérmelo. Imaginado —espetó.

—Sí, tenías que haberlo hecho —le dijo él levantando una mano—. Dame las llaves.

—No vas a venir.

Luc no se molestó en discutir. Su expresión lo dijo todo.

Téa tardó sesenta segundos en ceder.

—Si tienes que venir, insisto en conducir yo.

Él se quedó donde estaba, con la mano tendida.

—Estoy segura de que hay por ahí una norma que dice que los guardaespaldas conducen siempre —dijo Téa—. Vale. Yo me pondré de copiloto.

—Excelente decisión.

—No he tenido elección —protestó ella.

—Claro que sí.

—¿Anular el viaje?

Luc sonrió.

—Veo que lo has entendido.

Luego tomó el petate que había dejado al lado del muro y lo metió en el maletero del coche, al lado de la maleta de Téa. Cuando terminó, ésta ya estaba sentada en el coche, estudiando un mapa.

Luc se sentó detrás del volante y ajustó el asiento para que le cupiesen las largas piernas y no le doliese demasiado la rodilla. Movió los espejos. Comprobó los diferentes mandos y arrancó.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó Téa cuando ya habían salido de la ciudad.

—Te conozco —respondió él mirándola—. Además, mientes fatal. Debe de ser por la falta de práctica.

—Lo dices como si fuese algo malo.

—Puede llegar a serlo. Apuesto a que a tus hermanas se les da estupendamente.

Ella lo pensó antes de darle la razón.

—Hay muchas artes que mis hermanas dominan y yo no.

Ésa debía de ser la razón por la que nunca había llegado a encajar del todo.

—Connie me ha pedido que vaya a ver a algunos de nuestros clientes de la costa, entre San Francisco y Los Ángeles, para que los conozca antes de asumir las riendas del negocio.

—Ah… pues odio tener que decirte esto, pero Sacramento no está entre San Francisco y Los Ángeles y ésa es la dirección que me has dado.

—Ya, porque no voy a ir a visitar a esos clientes.

—Me sorprende. ¿Vas a desacatar abiertamente la autoridad de Conway?

—Pues sí, eso parece. Siempre he querido aprender a desobedecer —respondió ella en tono rebelde—. Y parece que hoy va a ser el día.

Luc no pudo evitar echarse a reír.

—Entonces, ¿adónde vamos a ir?

—A hablar con el anterior director de nuestra planta industrial.

Téa saco un papel de su bolso y buscó la dirección en el mapa.

—Se jubiló y se fue a vivir a un pueblo llamado Polk más o menos cuando yo llegué a Bling. Está en las montañas de Sierra Nevada.

—Es la primera vez que lo oigo —admitió Luc—. ¿Por qué quieres ir a hablar con él?

Ella dudó un momento.

—Para averiguar por qué se marchó y qué cambios ha habido desde que lo hizo.

Luc pensó en las vueltas que Téa le había dado a las hojas de cálculo de Bling, como si hubiese algo que no le cuadrase. Era evidente que ese algo tenía que ver con el listo de su primo.

—Pensaba que confiabas ciegamente en Connie.

A Luc estuvo a punto de partírsele el corazón al ver su expresión.

—Y lo hacía —susurró ella.

—Lo siento.

—Yo también.

A pesar del tráfico llegaron a Sacramento en poco menos de tres horas. Téa pasó la mayor parte del viaje dividida entre las llamadas de teléfono de Madam y las de sus hermanas hasta que Luc decidió

confiscarle los aparatos. Para su satisfacción, ella se los dio sin protestar. Hacía un maravilloso día de primavera, muy soleado. Y su destino los sacó de la carretera principal para ir al borde de un acantilado que les proporcionó sobrecogedoras vistas de las montañas.

Luc pisó el freno al tomar una curva pronunciada y frunció el ceño.

—¿Cuánto falta, Téa?

Ella lo miró, sorprendida por su tono de voz.

—¿Pasa algo?

Él decidió no andarse con rodeos.

—Los frenos no están bien. No sé cuánto tiempo más van a aguantar.

—Pues no estamos en un buen sitio para que fallen los frenos —respondió ella con sorprendente tranquilidad.

—No.

Luc volvió a pisar el pedal de los frenos y supo que tenían que parar. Al lado de Téa solo había un precipicio y al suyo, una abrupta caída de la montaña. El coche tomó la siguiente curva y aumentó la velocidad. Él pisó el freno, pero no fue de mucha ayuda.

—Agárrate —le advirtió a Téa—. Voy a utilizar el motor para frenar.

Pisó el embrague y cambió de marcha. El coche se sacudió, vibró. Luc agarró el volante con fuerza para mantenerlo en la carretera. Las ruedas traseras derraparon y el motor protestó. Tenían por delante otra curva y la tomó muy abierta, llevando el coche por la gravilla del exterior con la esperanza de que ésta lo frenase un poco.

—Voy a cambiar otra vez.

—De acuerdo. Adelante.

La voz de Téa lo tranquilizó y permitió que se centrase en lo que estaba haciendo. Volvió a cambiar de marcha, haciendo protestar al coche de nuevo. Si se estropeaba el cambio, tendrían un serio problema. Llegaron a un tramo llano de la carretera y decidió aprovecharlo para utilizar el freno de mano. La velocidad del coche disminuyó, pero derrapó de tal manera que Luc tuvo que soltar la palanca para controlarlo.

—Necesito tu ayuda —dijo.

—Dime qué quieres que haga.

Luc esperó a haber tomado con éxito la siguiente curva.

—Necesito que te ocupes del freno de mano, pero con cuidado, si tiras de él con demasiada brusquedad, perderé el control del coche, así que hazlo despacio.

La luz del sol iluminó la expresión seria y decidida de Téa, que agarró la palanca con mano temblorosa. Tiró de ella, primero con cuidado, luego un poco más fuerte, hasta encontrar un término medio. Tomaron otra curva demasiado deprisa.

Y entonces Luc lo vio. Una recta en la carretera, con una zona poblada de arbustos en el lado de Téa. También había árboles, pero estaban más alejados de la carretera. No tendría una oportunidad mejor que aquélla.

—Voy a hacer chocar el coche contra los matorrales. Cúbrete la cara.

—Caray —fue todo lo que dijo ella.

Luc condujo el coche hacia los arbustos y Téa se apartó instintivamente cuando éste chocó contra ellos. Las ramas golpearon el vehículo, clavándose en él. El coche perdió velocidad y dio un giro de 180 grados, yendo a parar a una zanja y dando contra un abeto.

Se oyeron varias explosiones. La primera, causada por el choche del vehículo contra el árbol. La segunda, sin duda, la de los airbags. Luc sintió dolor y recordó lo ocurrido en el último accidente de tráfico que había tenido. El polvo levantado por el coche le irritó los ojos y le hizo toser.

—¿Téa? —la llamó Luc mientras apagaba el motor.

El coche estaba inclinado hacia el lado del conductor y ella se había caído encima de él.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Para su alivio, notó que se movía.

—Estoy… bien. O eso creo. Un poco aturdida.

—¿Te has golpeado la cabeza?

—No lo sé —respondió ella, tocándosela—. Creo que tengo un chichón pequeño.

—Se ha roto el cristal trasero del coche. ¿Tienes cortes?

Ella suspiró con naturalidad.

—Si te soy sincera, no veo nada. Me pican los ojos del polvo.

—Espera —le pidió él, esforzándose en apartar los airbags deshinchados—. Hola, preciosidad.

Ella sonrió.

—¿Tan mal estoy?

—Estás estupenda.

Luc le apartó un mechón rizado de la cara. Jamás había visto algo tan bello y no pudo evitar inclinarse y darle un beso. Inhaló su aroma. Se permitió perderse un minuto entero, celebrando que habían sobrevivido. Téa lo abrazó por el cuello y lo besó con entusiasmo. Luego él se apartó y tomó su rostro con ambas manos, enterró los dedos en su pelo y encontró el chichón, la vio hacer un gesto de dolor y siguió buscando otras heridas.

—Si salimos de ésta con un chichón y algún arañazo, podemos considerarlo un milagro.

—No, el milagro es que tú fueses al volante del coche, y no yo —respondió Téa—. Si hubiese estado sola…

Se estremeció solo de pensarlo.

Luc frunció el ceño.

—¿Crees que podrás abrir tu puerta? La mía está bloqueada contra el árbol.

—Lo intentaré.

Téa se giró e intentó empujar la puerta.

—No puedo, pesa demasiado.

—De acuerdo. ¿Qué tal si buscas uno de tus teléfonos móviles y pides ayuda?

—La verdad es que no sé adónde ha ido a parar mi bolso.

Él cambió de postura y se contuvo para no jurar al notar dolor en la rodilla. Estupendo. Lo que le faltaba. Buscó por el suelo del coche hasta que encontró el bolso y se lo dio a Téa.

—Todo está desordenado —masculló ésta—. Ah, aquí hay uno. Nuestro teléfono.

Por algún motivo, aquél comentario gustó a Luc.

—Perfecto.

Téa llamó y veinte minutos más tarde tenían allí un equipo que los sacó del coche. Mientras un médico examinaba a Téa, Luc habló en privado con uno de los oficiales del condado, que según la placa que llevaba puesta se llamaba Sandford. Juntos, recorrieron el camino que había hecho el coche y el oficial sacudió la cabeza con incredulidad.

—Menudo trayecto. Creo que ha elegido el único lugar en el que habría podido detener el coche como lo hizo. De no hacerlo, habrían acabado montaña abajo. Siento decirlo, pero ya he visto antes el resultado de un accidente así, y me gustaría que no volviese a ocurrir nunca.

—No tuve elección, los frenos dejaron de responder.

—Pues no es un buen lugar para un fallo así.

Luc pensó que la carretera de la costa que Conway había sugerido a Téa que tomase tampoco lo habría sido.

—Quiero que examinen el coche de cabo a rabo —dijo Luc, mirando por encima de su hombro y haciendo una mueca—. Al menos, lo que queda de él.

Sandford arqueó las cejas.

—¿Cree que alguien ha podido manipular los frenos?

—Digamos que solo quiero asegurarme de que no ha sido así.

—Por supuesto, señor Dante.

—Y cuanto menos sepa la señorita De Luca, mejor.

Sandford se encogió de hombros.

—No hace falta contarle nada. Por el momento —dijo mirando hacia la ambulancia—. Le sugiero que deje que le miren la pierna. No tenemos un hospital cerca, pero hay un centro de salud decente a unos kilómetros. Supongo que querrán llevarlos allí para mirarlos bien, y le

aconsejo que se lo permita.

Luc no tenía energías para discutir, ni siquiera aunque las siguientes horas no fuesen precisamente agradables. Después de un montón de pruebas, por fin los dejaron marchar. Se enteraron de que Sandford había rescatado sus pertenencias de la maraña de hierros del coche y las había dejado en el centro de salud. Téa se tomó el tiempo de mandar mensajes a sus hermanas para contarles que había llegado sana y salva, aunque aquél fuese un término relativo. No les mencionó el accidente. Antes de marcharse del centro de salud una de las enfermeras les recomendó un lugar para pasar la noche.

La propietaria los recibió con los brazos abiertos y les dijo que sentía lo del accidente. Luego insistió en darles su mejor habitación, una cabaña que había en un bosque de pinos, con vistas a un pequeño lago.

—No hay nada mejor para aliviar los dolores que las vistas al lago. Y si no es suficiente, pueden darse un baño en el jacuzzi. Lo acabamos de instalar y caben muy bien dos personas.

—Suena estupendamente —admitió Téa sonriendo a pesar del cansancio.

Luego fueron los dos cojeando hacia el lago. Luc abrió la puerta de la cabaña y dejó el equipaje de ambos al otro lado. Téa fue directa al dormitorio, más concretamente, a la enorme cama. Se quitó los zapatos y se dejó caer en ella.

—Ven —murmuró—. Hay espacio suficiente para todo un ejército.

Y Luc no necesitó que se lo dijese dos veces. Invadió la cama, tomó a Téa entre sus brazos y se quedó dormido antes de que ésta hubiese apretado el estupendo trasero contra sus muslos.

Capítulo 7

Téa se despertó poco a poco, consciente del delicioso calor que la rodeaba y de la sensación de paz y seguridad, que hizo que le costase abrir los ojos, por si acaso ésta desaparecía. Se habría vuelto a quedar dormida si Luc no se hubiese movido a su lado.

—Maldita rodilla —murmuró éste.

El comentario hizo que Téa se incorporase al instante y lo mirase.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Él se masajeó la pierna.

—Solo necesito tomarme un antiinflamatorio.

—¿No te vendría bien un baño caliente?

El sol del atardecer entraba por la ventana, acentuando la seriedad del rostro de Luc, que la miró con deseo.

—Me vendría bien, pero solo si tú me acompañas.

Téa dejó de preocuparse y lo miró de manera insinuante.

—¿Y cómo va a ayudarte mi presencia?

—Hará que no piense en el dolor —le respondió él.

—Seguro que sí —admitió Téa bajando de la cama y sintiendo que también estada dolorida—. Hará que ambos nos olvidemos de él.

Luc se puso serio.

—¿Qué te duele? ¿Quieres que volvamos al centro de salud?

—No, no. Son solo unos arañazos y algún hematoma. Me advirtieron que empeorarían antes de mejorar. Creo que el doctor me recomendó precisamente un baño de agua caliente.

—Antes tenemos que comer algo, no sé si recuerdas que no hemos tomado nada al medio día.

—Me parece bien, pero no podremos tomar alcohol en veinticuatro horas.

—Aguafiestas —la acusó Luc bostezando—. Me pregunto si habrá por aquí algún restaurante con servicio a domicilio.

—Llamaré a recepción y preguntaré.

Había una pizzería cerca y, después de hacer un pedido, Téa se metió en el cuarto de baño y se dio una ducha rápida. No le sorprendió que Luc quisiese acompañarla. La abrazó y la apretó contra su pecho y ella echó la cabeza hacia atrás y se relajó.

—No deberías estar aquí —le dijo.

Pero él había encontrado jabón y la acarició con las manos llenas de espuma.

—¿Ni tampoco debería estar haciendo esto?

Téa gimió.

—Probablemente no. La pizza llegará en cualquier momento.

Él le mordisqueó el cuello.

—¿Quieres que nos la comamos en el jacuzzi?

Ella se rindió.

—Supongo que siempre será mejor que comerla en la ducha.

Pero no llegaron a la bañera. En cuanto Luc pagó la pizza, se la llevaron a la habitación. Téa se sentó en su regazo y le dio un trozo mientras se comía otro. La caja terminó en el suelo, junto a los albornoces que habían encontrado colgados detrás de la puerta del cuarto de baño.

Téa recorrió el hombro de Luc a besos y luego llegó hasta su boca.

—Se suponía que no íbamos a volver a hacer esto, al menos mientras estuviésemos trabajando juntos —le recordó.

—No se lo diré a nadie si tú tampoco lo haces.

—Vale.

Luc se tumbó encima de ella y le dedicó toda su atención. Téa estaba suave y dulce después de la ducha aunque en su piel color marfil estuviesen empezando a surgir los moretones. Él le besó cada uno de ellos, deseando poder aliviar el dolor con la misma facilidad. Le horrorizaba pensar lo poco que les había faltado.

—Si no hubieses estado conmigo… —comentó Téa, como si le hubiese leído el pensamiento.

—Pero estaba.

—¿Te he dado ya las gracias por haberme salvado la vida?

—No es nece…

Luc jamás terminó la frase porque Téa no le dejó y él sintió la necesidad de poseer a aquella mujer a la que consideraba suya y solo suya.

Aunque se recordó que era algo temporal. Él no estaba hecho para amar, para casarse ni para comprometerse. Y lo sabía desde el accidente ocurrido cinco años antes. No obstante, en aquel momento, le daba igual.

Recorrió el cuerpo de Téa con las manos y le dijo en un murmullo:

—Eres tan perfecta.

—Qué gracia. Lo mismo iba a decir yo.

Luc rodó para tumbarse boca arriba y que Téa quedase encima de él. Ésta fue acariciándolo con ternura, masajeando sus doloridos hombros y brazos, luego pasó las puntas de los dedos por su pecho. Él intentó acariciarla también, pero Téa no se lo permitió.

—No. Todavía no. No he terminado —protestó.

—Yo sí. O lo haré pronto si no paras.

—Y yo que pensaba que eras un tipo duro —bromeó ella.

—Vaya, y yo también —admitió Luc.

Téa continuó torturándolo con nuevas caricias. Él respiró hondo y se aferró a las sábanas para no tocarla. Téa no se detuvo hasta llegar a su erección.

Allí se entretuvo un poco más y, después, lo hizo suyo. Como había

hecho él en una ocasión. Fue un acto más que íntimo. Más que maravilloso. Indescriptible. Luc nunca se había entregado por completo a una mujer, nunca había perdido el control de lo que ocurría en la cama. Nunca se había sentido lo suficientemente seguro, pero con Téa…

Había algo en aquella mujer que hacía que bajase la guardia y le permitiese romper todas sus barreras. Volvió a respirar hondo y aspiró su aroma. La notó corriendo por sus venas con cada latido de su corazón. Sintió la fuerza de su femineidad calándole hasta los huesos. Y la abrazó con fuerza, como si no quisiera dejarla marchar.

La llamó con voz ronca y desesperada. Y ella le contestó, entregándose a él de la manera más generosa posible. Luc no se contuvo. No podía hacerlo. Luego se hicieron un ovillo, juntos, apretados el uno contra el otro.

Luc recuperó la consciencia varias horas después, cuando ya era de noche. Y volvió a hacerle el amor a Téa, despertándola de la manera más dulce posible. Ella suspiró y se abrazó a él, volvió a entregarse.

Después se durmieron otra vez.

—¡No!

Téa se puso recta al oírlo gritar así, se le aceleró el corazón.

—¿Luc?

Éste estaba a su lado en la cama, retorciéndose entre las sábanas. Era evidente que tenía una pesadilla.

—¡No lo haré!

Téa se mordió el labio inferior sin saber si debía tocarlo o no, por si Luc reaccionaba de manera violenta contra ella. Había leído en alguna parte que podía darse el caso. En su lugar, se apartó y lo llamó.

—Luc. Despierta. Es un sueño.

—Tengo que cortar la hemorragia.

—Luc —repitió ella en voz más alta—. Despierta ya.

Para su alivio, Luc se despertó y se quedó inmóvil antes de pasarse la mano por la cara.

—¿Has tenido un mal sueño? —le preguntó Téa.

—Sí —respondió él, apoyándose en un codo y mirando hacia la mesita de noche—. ¿Puedes decirme qué hora es?

—Casi las ocho —respondió ella—. ¿Quieres que lo hablemos?

Él la miró solo un instante.

—¿Crees que podemos darnos un baño a estas horas?

No había respondido a su pregunta. O tal vez sí.

—No sé.

Él la agarró de la mano y la sacó de la cama.

—Vamos a averiguarlo.

Tomaron sus albornoces antes de salir al porche trasero, donde el sol estaba empezando a asomarse por detrás de las montañas y a salpicar el lago. Apartaron la lona que cubría el jacuzzi y dejaron los albornoces en un banco. Temblando de frío, se metieron en el agua caliente.

A Téa le hizo gracia que ambos suspirasen al unísono al entrar en la bañera. Luc apretó un botón y el agua empezó a hacer remolinos. Luego la agarró y la colocó entre sus piernas. Téa se relajó contra su pecho y saboreó aquel momento de tranquilidad. Se quedaron un rato allí en silencio, simplemente disfrutando de las vistas y de la compañía.

Luego, Téa hizo acopio de valor y le dijo:

—Yo también tengo pesadillas —esperó un momento antes de continuar—. No… son solo sueños. Me despierto gritando, sudorosa, es horrible.

—Me resulta familiar. ¿Sueñas con tus padres?

A ella no le sorprendió que Luc hubiese acertado.

—Sí —susurró—. Fue culpa mía, ¿sabes?

—¿Qué ocurrió?

—Fui a una fiesta a la que me habían prohibido asistir. Mis padres se enteraron y me siguieron. Se estaban acercando a la casa, andando por la acera, cuando una de las chicas empezó a gritar que iba a venir la policía a hacer una redada. El chico con el que yo estaba se subió al coche. Estaba borracho, por supuesto —Téa se encogió de hombros—. Ocurrió en un segundo. No los vio, ellos no pudieron apartarse a tiempo.

—Lo siento.

—¿No vas a decirme que no fue culpa mía?

—Eso ya lo sabes tú —empezó Luc—, pero entiendo que adoptases el papel de madre con tus hermanastras. Que te sintieses obligada a poner a tu familia por delante de todo lo demás. No te imagino haciendo otra cosa, al menos, hasta que te hayas perdonado a ti misma.

A Téa se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó para intentar contenerlas.

—¿Y tú? ¿De qué te culpas?

Luc suspiró.

—¿Ahora me toca a mí?

—Claro. Supongo que tiene que ver con tu rodilla mala.

—Sí. Fue el mismo accidente.

Ella se giró y se apretó contra él, apoyando la cara en su pecho. Le gustaba estar así.

—Debió de ser grave, para que sigas teniendo pesadillas.

Él la abrazó con fuerza.

—Han pasado cinco años.

—Si prefieres no…

—Tú me lo has contado, es justo que yo haga lo mismo.

Luc se tomó un minuto para hacer acopio de valor.

—Después de dejar el ejército, monté una empresa de seguridad. Estábamos especializados en la protección personal.

—Qué peligroso.

—Aburrido —la corrigió—, y aterrador de vez en cuando.

—Entendido. Éste debió de ser uno de los episodios aterradores.

—Fue el episodio aterrador.

—¿Qué ocurrió?

—Había un matrimonio joven. Sonya y Kurt Jorgen —le contó él después de tragar saliva—. Tenían un niño de unos cinco años. Kurt me pidió que los ayudase a desaparecer durante una temporada. Yo sabía que había algo que no me había contado. Le pregunté en la primera entrevista que tuvimos, pero él insistió en que querían reconsiderar el camino que estaba tomando su vida y que necesitaban apartarse de todo durante un tiempo.

—¿Y para qué te dijo que quería un guardaespaldas?

—Me aseguró que tenía mucho dinero. Que era vulnerable y que solo quería estar protegido hasta que se estableciese en otra parte. En resumen, quería que los hiciese desaparecer durante un par de meses.

—Pero ése no era el problema real —dijo Téa.

—No. Resultó que había presenciado un accidente en el trabajo que no debería haber visto, pero se le olvidó contármelo. Antes de que los hiciese desaparecer, los matones de su jefe dieron con nosotros y nos sacaron de la carretera. Y yo no fui capaz de hacer lo que he hecho hoy.

—No pudiste controlar el accidente —murmuró ella.

—No. Él murió al instante —añadió Luc, tragando saliva de nuevo —. Y el niño también. Sonya quedó gravemente herida. Los matones se salieron de la carretera a la vez que nosotros, pero yo me ocupé de salvar a Sonya.

—¿Y también murió?

—No. La salvé —dijo Luc, esperando un instante antes de continuar—, pero ella habría preferido que no lo hiciese. Me suplicó que la dejase morir para poder estar con su marido y su hijo.

Téa lo abrazó con más fuerza.

—Oh, Luc.

Él se relajó a pesar de sentir la necesidad de mantener a Téa lejos.

—Cuando fui a verla al hospital se puso tan histérica que tuvieron que sedarla. Empezó a gritar que me odiaba. Que tenía que haberla dejado morir.

—Lo siento. Debía de estar loca de dolor —dijo Téa, inclinando la

cabeza para mirarlo—. Seguro que lo entiendes.

—Por supuesto que lo entiendo. Y también sé que no fue culpa mía que intentase quitarse la vida tres meses después —añadió en tono todavía más serio—. Aunque no tuvo éxito.

—¿Y qué pasó con ella al final?

—No tengo ni idea —admitió Luc sacudiendo la cabeza—. Me da miedo averiguarlo.

—Crees que está muerta, ¿verdad?

Él se encogió de hombros. Cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, estaban más oscuros que nunca. Tenía la mirada perdida.

—Si tan seguro estás de que quieres morir, lo más normal es que termines por conseguirlo.

—Hiciste lo correcto. Lo entiendes, ¿verdad? No fue culpa tuya.

—He intentado analizarlo desde todos los ángulos posibles. Si el marido me hubiese advertido de lo que ocurría cuando me contrató. Si yo hubiese frenado antes. O después. Si hubiese girado el volante a la izquierda en vez de a la derecha. En resumidas cuentas… acepté el trabajo. Y murieron personas. Punto y final. Después cerré el negocio y me puse a trabajar para Dantes.

Pero Téa supo que el tema no estaba zanjado, Luc todavía tenía las heridas abiertas, como ella.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Él la miró con los ojos empañados.

—No sé a qué te refieres.

Ella tembló a pesar de que el agua estaba caliente.

—Claro que lo sabes —le dijo. Jamás había estado tan segura de algo en toda su vida—. Algo más ocurrió aquel día. Cuéntamelo.

Luc dudó, luego sonrió con frialdad.

—Está bien. No es parte del accidente, es una decisión que tomé como resultado del mismo, igual que tú decidiste hacer el papel de madre.

A Téa su instinto femenino le advirtió que no preguntase más, que cambiase de tema de conversación, pero no puedo hacerlo. Había demasiado dolor en la mirada de Luc.

—Continúa —susurró—. Cuéntame qué decidiste.

—Decidí que jamás me casaría.

Y, dicho aquello, la apartó y se salió de la bañera. Fue hasta donde estaban los albornoces, se puso el suyo y le tendió el otro a ella.

—¿Ya se ha terminado el baño? —preguntó Téa en tono neutral.

—Dado que tenemos derecho a desayuno, creo que deberíamos ir a desayunar. Mi estómago ya no se acuerda de la pizza de anoche.

Téa no se molestó en discutir. Solo le bastó ver la expresión de Luc. Apagó los chorros de agua y salió del calor de la bañera para cubrirse con el albornoz. Luc abrió las puertas de cristal que daban al salón y

tomó el teléfono. Y ella esperó a que hablase con la dueña.

—Nos van a traer el desayuno —le contó después a Téa.

—En ese caso, supongo que deberíamos vestirnos.

—Luego tendré que buscar un coche de alquiler. Y también deberíamos decidir si vamos a quedarnos aquí otra noche o si vamos a volver a la ciudad.

Luc habló en tono tranquilo, como si lo que le hubiese dicho un minuto antes no tuviese importancia. Tal vez no la tuviese para él, pero Téa no entendía qué relación podía tener el accidente con que Luc no se quisiera casar. No obstante, fue a la habitación a vestirse. Luc estaba pidiendo que les llevasen un coche desde el lago Tahoe cuando les llevaron una bandeja llena de comida.

Desayunaron en el porche. La temperatura había subido gracias al sol y comieron como si llevasen una semana en ayunas.

—Venga —le dijo Luc, sorprendiéndola—. Pregunta.

Y ella no se molestó en fingir. No merecía la pena. Además, se le daba tan mal hacerlo…

—Está bien, preguntaré —dijo, como si no le pareciese importante hacerlo.

—¿Qué tiene que ver el accidente con tu decisión de no querer casarte?

Él dudó.

—Tienes que entender el mundo en el que vivo. El mundo de los Dante —empezó él—. Primo y Nonna. Mis padres. Mi tío y su desastroso matrimonio.

Téa se encogió de hombros.

—Lo siento, no te entiendo —le dijo—. Espera, ¿estás hablando del Infierno?

—Sí —dijo él rellenando su taza de café y también la de ella—. Llevo toda la vida oyendo hablar del Infierno. Viviendo con el Infierno. Y lo tengo atragantado.

Téa intentó reír.

—Luc, es solo un cuento. Una leyenda familiar.

Él negó con la cabeza.

—Para los Dante, es más que una leyenda. Ya has visto a mis abuelos. Van a cumplir ochenta años y siguen casi como el primer día. Lo mismo que mis padres y mis primos. Y todos le echan la culpa al maldito Infierno.

—¿Y tu tío? —le preguntó Téa—. Dices que su matrimonio fue un desastre. ¿No prueba eso que lo del Infierno no ocurre siempre?

Luc rio con desgana.

—El caso del tío Dominic demuestra justo lo contrario. No se casó por amor, a pesar de estar locamente enamorado de una de sus diseñadoras de joyas y de haber tenido una tórrida aventura con ella.

En su lugar, se casó con tía Laura por su dinero. Primo le advirtió que terminaría mal. Y así fue. Mis tíos murieron hace años en un accidente de barco mientras mantenían una discusión. Iban a divorciarse y supongo que mi tío había decidido casarse de nuevo con la diseñadora de joyas. Cuando murieron, mis abuelos se hicieron cargo de mis primos.

¡Qué tragedia!

—Luc, lo siento mucho.

—La historia no solo afianzó la leyenda para todo el mundo. La hizo realidad.

—Pero no lo es —insistió Téa.

Luc alargó la mano y tomó la suya. Entrelazó los dedos con los de ella hasta que sus palmas se juntaron y le preguntó:

—¿No?

Téa se estremeció.

—Yo… —tomó aire—. Lo nuestro es solo atracción física, cualquier otra cosa no sería lógica.

—Me alegra oírte decir eso, porque no va a haber nada más entre nosotros —le advirtió él—. No voy a permitir que nadie ni nada me obligue a casarme.

—Nadie te está obligando a hacer nada —protestó ella.

—¿No?

Luc le soltó la mano e hizo una mueca.

—Tal vez me hubiese dado cuenta antes si no hubiese estado tan distraído yo también. ¿Por qué crees que me han pedido que haga de guardaespaldas para ti?

Téa sonrió.

—Al parecer, porque no soy capaz de poner un pie delante del otro sin tropezar.

—Es curioso, pero en las dos semanas que llevamos juntos, no te ha ocurrido ni una vez.

—El día que nos conocimos… —empezó ella.

—Eso me preocupó —admitió Luc—. Pero ¿cuántos accidentes has tenido desde entonces?

—Bueno, ninguno, pero he dado por hecho que era porque estabas tú conmigo —comentó Téa, frunciendo el ceño—. Aunque ahora que lo digo en voz alta me parece que no tiene sentido, ¿no?

—No, no lo tiene. Y yo he llegado a la conclusión de que, si estamos juntos, es solo por un motivo.

Ella rio con incredulidad.

—Supongo que no pensarás que es por el Infierno. ¿Cómo iba a saber nadie que podríamos encajar bien juntos?

Luc levantó su taza y la miró por encima del borde de manera enigmática.

—También me lo pregunté yo, hasta que recordé que ya nos conocíamos, ¿recuerdas?

—De eso hace siglos. Éramos niños.

—¿Sí? Lazz y Ariana se conocieron de niños. Primo asegura que tío Dominic ya vio las señales del Infierno entonces y que fue entonces cuando él y el padre de Ariana acordaron el matrimonio entre ambos.

Téa se quedó boquiabierta.

—Supongo que es una broma.

—No.

—¿Y sospechas que tus padres o abuelos hicieron algo parecido con nosotros? ¿Cómo va a ser posible? Si casi ni nos hablamos. Nos caímos mal desde el principio.

—¿Y no recuerdas por qué?

—Porque no me dejabas en paz. Me tomabas el pelo —recordó Téa.

—Te acribillé.

—Sí. Ahora me acuerdo. Era como si estuvieses cargado de electricidad estática. Y te encantaba darme sustos cuando yo menos me lo esperaba —continuó ella, frunciendo el ceño—. Qué asqueroso.

—Piénsalo —le instó Luc—. ¿No crees que pudo ser la versión infantil de lo que nos ocurrió cuando nos tocamos por primera vez de adultos?

Ella lo reflexionó.

—Pensé que no creías en el Infierno.

—Y no creo.

—Entonces…

—Pero mis padres y mis abuelos, sí.

—Y vieron lo que nos ocurría de niños y…

Luc asintió.

—Creo que decidieron que se trataba del Infierno. Primo me pidió que no volviese a acercarme a ti mientras estuvieses allí… Y con el paso de los años, apuesto a que Nonna y Madam decidieron que había llegado el momento de volver a juntarnos para ver si pasaba algo entre nosotros. Y creo que utilizaron tu distracción como excusa.

Téa dejó su taza en el plato con brusquedad.

—Vale. Entonces si ahora estamos aquí juntos es por lo que ocurrió en el lago hace muchos años, pero eso no significa que tengamos que actuar en consecuencia. Y sigo sin entender qué tiene que ver el Infierno con tu accidente de tráfico y con tu decisión de no querer casarte.

Él se puso serio y Téa se dio cuenta de que había dejado de verla. Parecía perdido en los acontecimientos del pasado.

—Los Dante creen que cuando uno se casa con su alma gemela, es una amor para toda la vida.

—¿Y no es ésa la idea de todos los matrimonios? —le preguntó ella con naturalidad.

Luc asintió.

—Así era entre los Jorgen. O eso me pareció a pesar de que pasamos poco tiempo, juntos. La vida de la mujer terminó cuando perdió a su marido y a su hijo, pero ella seguía viva. Vacía. Rota.

—¿Y a ti te da miedo que te ocurra lo mismo?

Luc la miró de nuevo.

—Sonya se entregó a Kurt y a su hijo. Cuando murieron, no quedó nada de ella.

—Tú no eres Sonya —argumentó Téa.

—No, yo jamás me entregaré a otra persona. He visto a Rafe hacerlo con su mujer, Leigh, y cómo ésta lo destrozó al marcharse. Yo no seré otra Sonya, ni otro Rafe —le aseguró Luc.

Téa sacudió la cabeza.

—Estás equivocado, Luc. No has decidido que no quieres casarte, sino que no quieres amor. Lo gracioso del amor —añadió ella apartando su taza vacía de café— es que uno da por hecho que puede controlarlo.

—Yo puedo.

—Ahí es donde te equivocas.

Téa empujó su silla hacia atrás y se puso en pie.

—Por desgracia para ti, es el amor el que manda, te guste o no.

Y dicho aquello, Téa se dio la media vuelta para alejarse de lo que acababa de descubrir que era lo que más deseaba en el mundo.

Capítulo 8

Un par de horas más tarde les llevaron un coche de alquiler y la dueña de la cabaña les preguntó si querían quedarse en ella otra noche más. Luc miró a Téa.

—Lo que tú decidas —le dijo.

Ella dudó.

—No sé cuánto tardaremos en localizar al anterior director de la planta y en convencerlo de que hable con nosotros. Además, Connie espera que esté fuera al menos dos días, o tres. Preferiría que no se enterase de que no he ido adonde él me ha dicho.

—Va a haber tormenta esta tarde —les advirtió la señora—. Yo no me arriesgaría a estar por esas carreteras cuando llegase. Se supone que mañana por la mañana volverá a hacer bueno.

Téa tomó la decisión.

—Nos quedaremos otra noche si es posible.

La señora sonrió de oreja a oreja.

—No tenemos más reservas hasta el próximo viernes.

Téa negó con la cabeza.

—Solo nos quedaremos una noche más.

Luego miró a Luc como con nostalgia, expresándole con la mirada que habría preferido quedarse allí toda la semana. Aquella mirada, con la que le decía que bastaba con que él lo dijese para que prolongasen su estancia, habría podido con un hombre más débil. Él se obligó a permanecer impasible.

Téa suspiró.

—Tengo mucho trabajo esperándome. Y, además, tengo que comprarme otro coche.

Un gasto y una distracción más que eran lo último que necesitaba en esos momentos.

—Yo te ayudaré —le dijo Luc.

—No hace falta —respondió ella en tono frío y educado.

—Es lo menos que puedo hacer, dado que lo conducía yo —insistió él en el mismo tono.

Téa prefirió dejarlo pasar y se giró hacia la dueña de la cabaña que había estado observándolos con expresión indulgente.

—¿Podría indicarme cómo llegar a Polk?

Luc esperó a que ambas mujeres mirasen juntas el mapa de Téa. Poco después volvían a estar en la carretera. Luc la miró de reojo. Estaba más pálida de lo habitual, y también más seria. Además, tenía las manos agarradas con fuerza, los nudillos blancos.

—¿Estás bien? —le preguntó después de la primera serie de curvas. Había tenido cuidado en ir más despacio de lo permitido.

—Sobreviviré.

Llegaron a Polk poco antes del medio día y Luc sugirió que fuesen a comer antes de ir a buscar al director. Téa se decidió por una cafetería con coloridas macetas de flores en el exterior y un acogedor interior. La carta era variada y la presentación de los platos, muy buena.

—¿Cómo se llama el tipo ése al que quieres ver? —le preguntó Luc a Téa mientras comían.

—Krendal. Douglas Krendal.

—¿Y sabe que vas a ir a verlo?

Ella dudó.

—He pensado en pillarlo por sorpresa, pero he llamado para asegurarme de que estaba en casa. Me he hecho pasar por una televendedora. No es un hombre que se ande con miramientos.

—Tal vez eso sea bueno cuando hables con él.

—Eso espero.

Téa dudó, jugó con su tenedor y con la comida.

—Escucha, me gustaría hablar a solas con él. Sospecho que se abrirá más.

Luc arqueó una ceja.

—En otras palabras, que la conversación no es asunto mío, ¿no?

—Sí, eso es.

—De acuerdo.

—¿De verdad? —preguntó Téa con escepticismo—. ¿No me lo vas a discutir, como hiciste con Connie?

Él se encogió de hombros.

—La situación con tu primo es diferente. No confío en él. Por eso decidí quedarme cerca, para cuando empezase a mover los hilos.

Téa se puso tensa.

—Supongo que la marioneta soy yo.

—El tiempo lo dirá. ¿Has terminado de comer?

—Sí, vamos a terminar con esto lo antes posible.

* * *

Encontraron la casa de Douglas Krendal enseguida. Estaba en una de las innumerables colinas que rodeaban el pueblo de Polk. Era una casa pequeña en una propiedad enorme, escondida detrás de un pinar. Luc tomó el camino y aparcó al lado de la casa. Téa salió del coche y fue hasta la puerta principal. Él observó cómo llamaba y cómo se abría la puerta. La vio presentarse y que Krendal oponía resistencia, y cómo Téa iba haciendo mella en ella con su habitual calidez. Un poco después, la puerta se abría del todo y ella desaparecía dentro.

El teléfono móvil de Luc vibró unos cinco minutos después. Miró la

pantalla para ver de quién se trataba.

—Hola, Juice. ¿Qué has averiguado acerca de Billings?

—¿Te refieres al hombre o a la empresa?

—Venga, estoy esperando.

Luc frunció el ceño y escuchó, y según iba escuchando fue frunciendo el ceño todavía más.

—Caray —comentó cuando su antiguo socio terminó de hablar.

—Lo mismo pensé yo. ¿Se lo vas a contar a ella?

—Todo.

—Pues no se va a poner contenta.

—Yo diría que se va a poner furiosa.

—Me alegra de que seas tú, y no yo, quién le dé la noticia.

—Gallina.

—Clo, clo, clo.

Y, dicho aquello, Juice colgó.

Téa volvió a salir de la casa veinte minutos más tarde. Le dio la mano a Krendal y volvió al coche golpeando el suelo con fuerza y, después de sentarse, cerró la puerta de un portazo.

—¡El muy cerdo!

Luc se cruzó de brazos e intentó calcular cómo estaba de enfadada. Mucho.

—Espero que te estés refiriendo a tu primo Connie, y no al señor Krendal —le dijo.

—Por supuesto que me estoy refiriendo a mi primo Connie. Vamos. A ver si con la velocidad se me pasa un poco el enfado.

—De acuerdo.

Volvieron a la cabaña en silencio. Luc quería darle tiempo para reflexionar. Tal vez cuando hubiese aceptado la información que Krendal le había dado, estaría en mejor posición para escuchar la que tenía que darle él. A lo lejos vieron los primeros signos de la tormenta de la que ya les habían advertido. El tiempo encajaba a la perfección con el estado de ánimo de Téa. Luc se miró el reloj y pensó que podrían llegar a la cabaña antes de que empezase a llover.

Cuando aparcaron delante de ésta el cielo estaba tan oscuro que casi parecía de noche. Luc apremió a Téa para que entrase y encendió las luces. Mientras él buscaba una linterna o velas, por si se iba la luz, Téa comprobó sus teléfonos móviles con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre?

—No hay cobertura. Espero que Madam y mis hermanas no estén preocupadas. Tal vez no hayan intentado localizarme —añadió sonriendo.

Luc llegó con velas y cerillas.

—¿De verdad crees que eso es posible?

Téa dejó de sonreír.

—No —dijo, luego suspiró—. Creo que necesito una copa.

Luc abrió la puerta de la pequeña nevera que había en la cabaña.

—Has tenido suerte. Hay una botella de champán. ¿Crees que podemos beber ya?

Téa se miró el reloj y asintió.

—Han pasado veinticuatro horas desde el accidente, que es lo que nos dijo el médico.

—Estupendo.

Luc sacó la botella y la descorchó. Luego buscó un par de copas y las llenó. Téa dio un pequeño trago y arrugó la nariz al sentir la explosión de burbujas en su garganta.

—Sorprendentemente bueno —comentó—. ¿Es de California?

—Sí. De la región de Carneros.

—Eso lo explica todo —añadió, volviendo a beber. Luego añadió —: Tengo que contarte algo.

—¿Acerca de Krendal?

—No. Se trata de la noche que estuvimos en casa de tus abuelos.

Luc ya se había preguntado cuándo volverían a tratar aquel tema.

—Supongo que vas a contarme el verdadero motivo por el que estabas tan disgustada cuando nos marchamos. Por qué, de repente, decidiste centrarte por completo en tu trabajo y en proteger a tu familia.

—Sí —admitió ella—. ¿No te ha contado nada Sev?

—No —dijo Luc. Su primo pagaría por ello—. ¿Qué ocurrió?

—Tu primo me advirtió de que había un problema con la calidad de nuestro producto.

Él se tomó unos segundos para asimilar aquello, y unirlo a la información que le había dado Juice.

—Supongo que eso explica tu discusión del lunes con Conway —comentó Luc antes de probar el champán, que también le gustó—. No puedo esperar a oír cuál fue su explicación.

—Me aseguró que era todo un enorme error y que él lo arreglaría.

—¿Y tú te lo creíste?

—No seas ridículo. Por supuesto que no me lo creí. Mi primo miente igual de mal que yo.

Luc dejó escapar una carcajada.

—Debéis de llevarlo en los genes.

—Seguro que sí. El caso es que insistió en que yo no me metiese e incluso cuando le respondí que en cinco semanas sería yo la que estuviese metida en todo el lío, él me dijo que no pasaría nada. Que en cinco semanas él lo arreglaría y que no contactase yo con tu primo bajo ningún concepto.

—Ahí fue cuando saliste de su despacho echando humo por las orejas y te pusiste a estudiar las hojas de cálculo.

—Había algo en ellas… —empezó Téa con los ojos brillantes—. Cuando averigüé cuál era el problema, supe qué era lo que tenía que buscar.

—Tu primo ha estado recortando gastos para ahorrar.

Téa asintió.

—Y cobrando más por un producto peor. Eso era lo que no me encajaba en los libros contables. El precio que cobramos a nuestros clientes había aumentado, pero en realidad nuestros costes de fabricación habían disminuido. Y los beneficios seguían siendo más o menos los mismos.

Luc no necesitaba saber mucho de contabilidad para darse cuenta de que había gato encerrado.

—Si los costes de fabricación han bajado y habéis subido el precio a los clientes, el margen de beneficio tiene que haber subido como la espuma.

—Eso pensé yo —admitió Téa—, pero el beneficio ha desaparecido en la compra de equipos nuevos.

—Vale.

Téa inclinó la cabeza.

—Cualquiera diría que acabas de encajar una pieza en un puzzle.

—Así es. Primero cuéntame lo que te ha dicho Krendal y luego te lo explicaré.

—De acuerdo.

Antes de hacerlo, Téa se sirvió más champán.

—Douglas Krendal era el director de producción de nuestra planta. Asegura que Connie lo obligó a marcharse.

—Porque se dio cuenta de lo que tu primo estaba haciendo —adivinó Luc.

—Sí. Y no dudó en expresarle su desaprobación al respecto. Krendal había trabajado muchos años para mi abuelo y se sintió indignado al darse cuenta de que Connie quería reducir gastos produciendo un producto inferior.

—Así que Conway lo echó.

—Lo jubiló —lo corrigió ella encogiéndose de hombros—, pero, sí, es lo mismo. Se deshizo de él en cuanto tuvo oportunidad.

Luc dudó. Sabía que había llegado el momento de darle el resto de malas noticias. Respiró hondo.

—Lo que voy a contarte no te va a gustar.

Ella se quedó inmóvil.

—Por favor, no me digas que eres un agente secreto de mi primo.

Aquel comentario hizo que Luc se echase a reír.

—No, no soy un espía —la tranquilizó—, pero le he pedido a mi antiguo socio que investigase a tu primo. Y no tengo buenas noticias.

Téa se dejó caer en un sillón.

—Adelante.
—En resumen, está arruinado.
Ella se quedó boquiabierta.
—¿Cómo es eso posible? Sé lo que gana en Bling y está muy bien.
—Sí, salvo que no recibe un porcentaje de los beneficios de la empresa, cosa que haría si fuese su dueño. Solo tiene un sueldo y algunas primas que tiene que aprobar la junta. Y ha estado canalizando todo el dinero que ha podido hacia el negocio que quiere lanzar.
Luc hizo una pausa.
—Pero todavía hay más —añadió.
—Cómo no.
—Creo que sé lo que hace.
—¿Malversar fondos?
—Fondos, no, equipos.
—Los que compra con los beneficios —comentó Téa frunciendo el ceño—. No lo entiendo. ¿Qué quiere hacer con los equipos?
—Esto es solo una suposición, pero creo que no me equivoco si te digo que va a montar un negocio que le haga la competencia a Bling.
Téa respiró hondo.
—De ahí la mala calidad…
—Así tus clientes se enfadan y a él le cuesta menos trabajo robártelos —continuó Luc, vaciando su copa—. Te va a pasar el negocio familiar, por supuesto, pero antes va a asegurarse de que no quede nada de él. Entonces, cuando estés al borde de la quiebra porque te ha robado todos los clientes…
—… me ofrecerá comprármela a un precio muy bajo —terminó Téa por él—. La nueva empresa de Connie utilizará el nombre de Billings y él tendrá todo lo que mi abuelo no le dejó. El negocio, la marca y el dinero.
—Eso es lo que yo sospecho.
—Y yo sospecho que tienes razón.
Téa cerró los ojos y lo pensó.
—La cuestión es qué puedo hacer para impedírselo. Lleva mucho tiempo ideándolo todo. Y yo no asumiré el mando de la empresa hasta dentro de cuatro semanas y media. Debe de imaginarse que estoy a punto de enterarme de todo. Lo que significa que tiene todo un mes para llevar su plan a buen término mientras yo me quedo mirándolo sin poder hacer nada.
—Todavía no sabe que lo has pillado —dijo Luc, intentando tranquilizarla—. Aún hay tiempo para hacer algo.
Téa negó con la cabeza.
—No mientras siga siendo él quien controle Bling. Si pudiese tomar yo las riendas ya…

Se quedó mirando fijamente a Luc a los ojos, pensativa.

—Creo que hay una forma de conseguirlo —añadió.

—Bueno —dijo él, tomando su copa y encontrándola vacía—. Pues adelante.

—Necesito tu ayuda para poner mi plan en marcha.

—Ya sabes que estoy a tu disposición para lo que necesites.

Téa sonrió.

—Eso era lo que esperaba oír.

Por algún motivo, la expresión de Téa lo preocupó. Había en ella la misma determinación que la noche del cumpleaños de Rafe.

—Casi me da miedo preguntártelo, pero… ¿Qué es lo que quieres que haga?

—En realidad, es muy sencillo. Quiero que te cases conmigo.

Luc miró a Téa con incredulidad.

—¿Qué has dicho?

Ella mostró signos de nerviosismo.

—Ya me has oído —le dijo, terminándose el champán de un trago —. Quiero que te cases conmigo. Aunque será solo temporal, por supuesto.

—Ah, por supuesto —repitió él en tono sarcástico.

—Luc…

Él la interrumpió de inmediato.

—Creo que ya hemos hablado de esto antes —empezó enfadado al tiempo que en la calle se oía el primer trueno—. ¿Es que no me has entendido cuando te he dicho que no pienso casarme nunca?

—Deja que te lo explique —le pidió ella acercándose—. En el testamento hay una cláusula que dice que, si me caso, heredaré Billings directamente, siempre y cuando tenga más de veintiún años.

—Estupendo. Espero que encuentres a alguien que quiera casarse contigo.

—Creo que no lo entiendes.

—Lo entiendo perfectamente —replicó Luc—. Eres tú la que no lo entiende. Mi respuesta, señorita De Luca, es no, no y no.

—Intentaré no ofenderme con ella —le dijo Téa, fulminándolo con la mirada mientras un relámpago surcaba el cielo—. ¿No te das cuenta de que es la solución perfecta? Perfecta para los dos, Luc.

Él se cruzó de brazos.

—De acuerdo, eso quiero oírlo. ¿Cómo puede ser la solución perfecta para mí?

—Toda tu familia piensa que eres presa del Infierno, ¿no?

—Por desgracia, sí.

—Pues les daremos lo que quieren. Les daremos una boda. Y en un par de meses… digamos que seis o siete… informaremos a todo el mundo de que lo nuestro no funciona. Y nos divorciaremos.

—Los Dante no se divorcian.
—Rafe lo hizo —lo contradijo Téa.
—Técnicamente, es viudo.
—Ah. No lo sabía. Lo siento.
—No tienes por qué sentirlo.
—Luc, estamos perdiendo el hilo de la conversación.
—Entiendo adónde quieres ir a parar, Téa, pero te recomiendo que lo dejes estar.
Luc le dio la espalda y se acercó a la ventana para observar la tormenta. Un relámpago iluminó el cielo y el estallido de un trueno retumbó en las montañas. Luc entendía lo que Téa le estaba sugiriendo, pero también veía las dificultades que encerraba su plan.
Dificultades como lidiar con el Infierno, cuya fuerza sería cada vez mayor con cada día que pasasen juntos. Dificultades como tenerla en su cama y darse cuenta de que no quería dejarla marchar. Dificultades como un embarazo.
O como el amor.
Luc vio el reflejo de Téa en el cristal de la puerta, vio la tensión de sus hombros y cómo jugaba con nerviosismo con la copa de champán vacía. A pesar de estar enfadado, todavía la deseaba, y podía sentir la inoportuna conexión que había entre ambos.
Suspirando, se giró y la miró.
—Piensas que, si nos casamos, esperamos un tiempo razonable y luego decimos que no ha funcionado, mi familia me dejará en paz, ¿verdad?
Téa asintió con entusiasmo.
—Exacto. Dado que creen que estamos hechos el uno para el otro, no volverán a insistir en que te cases.
—No —admitió él cruzándose de brazos—. Insistirán en que vuelva contigo.
—Ah. Eso no se me había ocurrido.
Él sonrió al verla decepcionada.
—Es que no conoces a mi familia.
Téa no tardó en recomponerse.
—Bueno, cuando yo me case de verdad se acabará todo, ¿no? Y nos dejarán tranquilos a los dos.
Luc se quedó de piedra.
—¿Casarte de verdad?
—Es posible —respondió ella levantando la barbilla—. Más que posible. Porque, al contrario que tú, yo no le tengo miedo al amor. Al ver a tu familia, lo felices que son, he estado pensando. Tal vez cuando mi familia esté económicamente segura pueda enamorarme y casarme. Y formar una familia como Kiley y Francesca.
Por un momento, Luc dejó de pensar. Dejó de respirar. Se imaginó

a Téa embarazada. De él. Y entonces la imagen cambió y ya no era su bebé, sino el de otro hombre. El de su marido. Un hombre con derecho a tocarla. A tenerla en su cama. A compartir intimidades con ella.

A dejarla embarazada.

Sin pensarlo, atravesó la habitación y la abrazó.

—Luc —exclamó ella—. ¿Qué haces?

—Eres tú la que tienes todas las respuestas. Imagínatelo.

Luc llegó a la cama en menos de una docena de pasos y dejó a Téa en el colchón. Luego se tumbó encima y la besó. No recordó haberle quitado la ropa, ni haberse desnudado él, pero un trueno estalló y un relámpago iluminó la noche. Y él vio a Téa un instante, con su piel color marfil encima de la colcha negra. Solo sus ojos y su pelo tenían color, el segundo tenía un rojo vibrante y los primeros, un azul tan profundo y misterioso como el mar.

La furia de los elementos golpeó la noche, prendiendo la llama de la pasión que había encerrada en aquella habitación. Y Téa y Luc se unieron, hombre y mujer convertidos en uno solo. Sus cuerpos se movieron al ritmo de la tormenta, haciendo resonar su poder y ferocidad sin tregua. Se siguieron el uno al otro hasta el corazón de la tempestad hasta llegar con ella a un exquisito clímax.

Luc notó cómo llegaba Téa, la oyó gritar de placer. Y no necesitó nada más para seguirla. Se oyó a sí mismo decir su nombre y gritarlo también como si quisiese que fuese suya para siempre.

Luego el tumulto que había en su interior se fue calmando. Y cuando se hubo terminado, la abrazó con ternura.

Téa se apretó contra él.

Y Luc se durmió.

Cuando Téa se despertó a la mañana siguiente, se sentía mejor que en toda su vida. No tenía ni idea de lo que le había pasado a Luc. En realidad, no le había dado la oportunidad de preguntárselo. Pero ella esperaba que volviese a ocurrir. Y pronto. Se estiró, todavía dolorida.

Luc se movió a su lado y gruñó.

—¿Sigue estando ahí el jacuzzi?

Ella lo abrazó y se sintió bien al ver que Luc ponía un brazo alrededor de su cintura para acercarla más a él.

—Si no se la ha llevado la tormenta, estará ahí.

—¿Todavía llueve?

—Yo no oigo nada. Y me parece que esa cosa amarilla que está entrando a través de las cortinas es el sol.

—De acuerdo. Solo en esta ocasión, te dejaré que me lleves tú al jacuzzi. Pero solo esta vez, ¿eh?

—De acuerdo. Ya estamos.

Luc se separó un poco de ella y la miró con el ceño fruncido.

—Desde luego, con la de veces que te he llevado yo en brazos, lo menos que podrías hacer es devolverme el favor.

—La verdad es que no tengo consideración.

—No —dijo él, levantándose y tomándola en brazos—. Venga. Vamos a darnos un baño antes de hacer las maletas.

—¿Y los albornoces?

—Ya vendrán ellos solos.

Quitaron la lona que cubría la bañera y se metieron en ella, dejando que el agua caliente les aliviase los doloridos músculos. De repente, Téa se puso tensa al oír un ruido en el interior de la cabaña.

—Creo que he oído algo —dijo incorporándose y mirando hacia allí—. ¿Y si nos han traído el desayuno?

Luc sonrió.

—En ese caso, creo que alguien se va a sentir muy avergonzado. Y no voy a ser yo.

Téa oyó que las voces se acercaban. Unas voces que no debían estar allí.

Dos segundos más tarde, Luc vio a Madam saliendo al porche seguida de las tres hermanastras de Téa.

—*Madonna Santa* —dijo la abuela—. ¡Niñas, no miréis!

Pero por supuesto que lo hicieron.

Capítulo 9

Luc abrió la puerta del coche de alquiler y esperó a que Téa entrase para cerrarla. Luego lo rodeó cojeando y se sentó detrás del volante. No arrancó.

—¿Cómo nos ha encontrado Madam? —preguntó con brusquedad.

Téa respondió de inmediato:

—Al parecer alguien de mi seguro llamó a casa para hacer unas preguntas sobre el coche accidentado. Madam tomó la llamada e intentó localizarme. Al ver que no lo conseguía, se temió lo peor, que nos había pasado algo en el accidente —le explicó ella, poniendo los ojos en blanco—. Debió de pensar que estaba lo suficientemente bien para llamar al seguro, pero no para llamarla a ella, yo qué sé.

Luego hizo una pausa.

—Vaya. Debió de acordarse de la noche en que fallecieron mis padres.

Volvió a guardar silencio y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Supongo que los del seguro le dieron la dirección, nos la pidieron para mandarnos el coche de alquiler —continuó. Luego frunció el ceño—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque me parece demasiada casualidad que haya llegado justo cuando estábamos desnudos en la bañera.

—¿Casualidad? Para tu información, Luciano Dante, a mí tampoco me ha hecho ninguna gracia lo que ha ocurrido esta mañana.

—¿Tan mal lo has pasado? —le preguntó él.

Téa lo fulminó con la mirada.

—Supongo que tan mal como tú cuando has tenido que contárselo todo a tu abuelo.

—Vaya.

Téa suspiró.

—Por cierto, ¿qué te ha dicho Primo?

Él la observó atentamente para ver su reacción.

—Que estamos oficialmente comprometidos.

Téa abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Dime que es una broma.

—Me encantaría, pero no lo es. No sé si se te ocurre algo para salir de este lío.

—Por supuesto. Que le digas que no a tu abuelo.

—Eso no es posible —respondió él, arrancando el coche.

—¿Así que ya está? —inquirió Téa—. ¿Ahora tenemos que casarnos?

—¿No era eso lo que querías?

—Sí, pero no así —respondió ella cruzándose de brazos—. Sé razonable, Luc. Nadie puede obligarte a casarte conmigo.

—¿No? ¿Y qué dijo Madam después de sorprendernos desnudos en la bañera? ¿Qué dijo?

Téa se aclaró la garganta.

—Está disgustada.

—Y yo también. Tenía planes para esa bañera.

—Me dijo que no era propio de mí. Que era egoísta, impulsiva. Y, lo que es peor, que era un mal ejemplo para las niñas.

—Pues yo diría que sí que eres así. Generosa. Imaginativa. Y que esas tres brujas a las que tú llamas hermanas no necesitan que les enseñes nada.

—No hables así de ellas, mis tres hermanas son maravillosas.

—Sí, sobre todo la que me habría metido la lengua hasta la garganta si nos hubieseis dejado a solas un minuto más —le dijo él.

Al ver que Téa iba a protestar, se le adelantó:

—No me lo digas. No debo tomármelo de manera personal. Es así con todos los hombres.

—Davida es una chica muy exuberante —replicó ella.

—Exuberante. Así lo llaman ahora.

Téa cerró la boca y suspiró. Y Luc se sintió fatal. No era culpa suya que sus tres hermanastras fuesen tres demonios.

—Ya sabes… que hay una manera muy sencilla de salir de este lío.

—¿Cuál?

—Dejar a tus tres hermanas en casa de Primo y Nonna. Las pondrán firmes en una semana. Luego secuestramos al primo Connie y lo encerramos en un armario hasta que te hagas tú con las riendas de Bling.

Ella sonrió.

—¿Y qué pasa con nuestra boda? ¿Cómo pretendes lidiar con ese pequeño inconveniente?

—Ah. Ahí me has pillado. De eso no tengo ni idea.

—Yo sí.

—Estupendo, ¿por qué no lo has dicho antes?

—Hablaré con Primo cuando volvamos a San Francisco. Le explicaré que ha habido un error.

—Un error —repitió Luc—. Nos han sorprendido juntos y desnudos en una bañera, así que no hay mucho margen de error.

Téa hizo una mueca.

—La dueña de la cabaña le contó a Madam que era la cabaña que alquilaba para lunas de miel, así que Madam pensó que nos habíamos casado ya en secreto. Cuando se enteró de que no…

—Supongo que a partir de ahí la conversación se complicó.

—Sí.

En ese momento sonó el teléfono móvil de Luc, que se lo sacó del bolsillo y se lo pasó a Téa.

—Mira a ver quién es, por favor.

Ella lo abrió y miró la pantalla.

—Es Primo.

—Perfecto. Contesta y explícale que no vamos a casarnos.

—De acuerdo —dijo ella, aunque ya no se sentía tan segura como un minuto antes—. Hola, Primo, soy Téa. Sí, Luc está conmigo, pero está conduciendo, así que…

Estuvo un buen rato escuchando, sin hablar.

—¡Díselo! —le pidió Luc.

Ella lo hizo callar con un ademán.

—Ah, vaya —se aclaró la garganta—. Lo cierto es, Primo, que Luc y yo… Bueno, no queremos casarnos. Claro. Lo entiendo. De acuerdo. No, si tienes razón. El lago Tahoe no está lejos de aquí.

—¿Qué dices? —inquirió Luc—. ¡Dile que no y cuelga!

—Perdóname un momento, Primo —dijo Téa antes de tapar el auricular con la mano—. ¿Te importaría no estrellar otro coche, Luc? Si no eres capaz de conducir recto, párate. Me estás poniendo muy nerviosa.

—¿Yo te estoy poniendo nerviosa? ¡Dame ese teléfono!

—No quiere hablar contigo, sino conmigo. Sí, Primo. Sigo aquí —continuó Téa—. ¿De verdad quieren publicar eso? Pero entiendes que no queremos casarnos, ¿verdad? ¿Te ha quedado claro? No, no. Eso está bien. Supongo que hasta mañana. Sí, se lo diré a Luc. Adiós.

Luc frenó y detuvo el coche en un claro al lado de la carretera. Apagó el motor.

—¿Y? —preguntó—. ¿Se lo has dicho?

Téa asintió.

—¿Es que no me has oído? Le he dicho claramente que no queremos casarnos.

—¿Y lo ha aceptado?

—Más o menos.

—¿Seguimos comprometidos?

—No por mucho tiempo.

—Bueno, vale.

Luc arrancó de nuevo y empezó. Habían recorrido ya unos kilómetros cuando le preguntó a Téa:

—Solo por curiosidad. ¿Qué has querido decir con «más o menos» y «no por mucho tiempo»?

—He querido decir que vamos a tener que desviarnos un poco antes de llegar a casa.

—¿Adónde?

Ella tragó saliva.

—Tenemos que ir a Reno, a Las Vegas o al lago Tahoe. Podemos elegir.

Luc giró con brusquedad el volante y volvió a detener el coche.
—¿Qué has hecho?
—No lo entiendes —dijo ella.
—Pues explícamelo.
—¿Recuerdas esa revista de cotilleos que tantos quebraderos de cabeza le dio a tus primos?
—Por desgracia, sí. ¿Qué tiene que ver con nosotros?
—Bueno, que van a publicar que nos hemos casado en secreto. No sé cómo se habrán enterado…
—Deja que lo adivine. ¿Cuál de tus tres hermanas necesita más el dinero?
—Vida, pero…
—En ese caso, apuesto por ella.
—Mi hermana jamás…
Téa dudó y frunció el ceño.
—Lo que importa es que la revista va a publicar la noticia mañana —continuó—. Primo dice que, si no nos casamos inmediatamente, en un futuro tendré problemas en Bling. Perderé el respeto de mis empleados y también el de mis clientes.
Luc hizo una mueca. Le hubiese gustado poder contradecir a su abuelo, pero en esa ocasión tenía razón. Además, Connie utilizaría la noticia para perjudicar todavía más a Téa.
—También hay otro problemilla —dijo Téa de repente.
—¿Cuál? Creo que ya me da igual.
—Primo ha dicho que, si quieres seguir siendo un Dante, tendrás que casarte conmigo, pero no creo que hablase en serio. ¿Y tú?
—Has conocido a mi abuelo, ¿no?
—Sí.
—Pues ya sabes cuál es la respuesta.
Luc volvió a arrancar.
—¿Y ahora qué? —le preguntó Téa.
—Ahora vamos al lago Tahoe, a casarnos.
Al medio día estaban en Nevada. A pesar de las prisas y de la situación, Luc insistió en que parasen en una tienda a comprarse ropa más adecuada para la ocasión: un traje para él y un conjunto de chaqueta y falda color marfil para ella. Cuando Téa salió de la tienda, Luc la estaba esperando con un ramo de rosas en una mano, y una caja con dos sencillas alianzas en la otra.
Al llegar al lugar que habían escogido para casarse les dieron la posibilidad de escoger para la ceremonia entre una capilla o un precioso jardín lleno de flores. Luc escogió lo segundo sin pensárselo dos veces y Téa no pudo evitar preguntarse si era porque le recordaba al jardín de su abuelo.
Intercambiaron los votos debajo de una pérgola cubierta de rosas

rojas y veinte minutos más tarde ya eran marido y mujer.

Téa casi no fue consciente del viaje de vuelta a San Francisco, pero sí se dio cuenta de que, al llegar a la ciudad, Luc no la llevaba a casa de Madam, sino que iba hacia su piso.

—¿No me vas a dejar en casa?

Él la miró.

—¿Por qué iba a hacerlo? Estamos casados, ¿recuerdas? Supongo que a tu abuela y a tus hermanastras les extrañaría mucho que pasases tu noche de bodas en su casa y no en la mía.

Ella se ruborizó.

—Ah, claro, no lo había pensado.

Luc aparcó el coche de alquiler y sacó el equipaje mientras ella se ocupaba del resto de cosas. Subieron en el ascensor en silencio. Cuando las puertas se abrieron, Luc dejó su petate en su dormitorio y llevó la maleta de Téa a la habitación de invitados.

Mensaje recibido, más claro, imposible.

—¿Te apetece una copa?

Ella asintió.

—No podría rechazarte una copa de vino.

—¿Tinto?

—Sí, por favor.

Luc le sirvió el vino y se puso un *whisky*.

—La situación es casi la misma que la última vez que estuve aquí. Salvo por lo de la boda.

—Una gran salvedad.

Ella dejó el ramo de rosas en la mesa que había al lado del sofá y observó con tristeza que ya estaban empezando a marchitarse. Muy adecuado, dada la situación. Ya que pronto tendría que volver a la realidad, lo que significaría volver a centrarse en su trabajo y en su familia.

—Sé que hay algo que te molesta. ¿Por qué no me lo dices y nos vamos a la cama?

—A ti todo esto te ha venido muy bien, ¿no?

Téa cerró los ojos. Ya sospechaba que Luc pensaba así, pero le dolió que se lo confirmase.

—Crees que lo he organizado yo todo, ¿verdad?

—Tengo que admitir que se me ha pasado por la cabeza, sí.

—Pues no —replicó ella—. Me dijiste que no y lo acepté. Punto y final.

—Y, no obstante, un par de horas después tenías una alianza en el dedo.

—Por tu familia, Luc. La tuya, que no la mía. Madam solo se sintió decepcionada conmigo. Fue Primo quien nos obligó a hacerlo.

—Olvidas que Primo nos obligó porque alguien filtró la noticia a la

prensa. Y son pocas las personas que han podido hacer eso.
—¿Y todas de mi familia?
—Casi todas.
Ella avanzó en su dirección.
—Siempre has dicho que miento muy mal. Mírame, Luc. Escúchame. No te he engañado para que te cases conmigo. No le he pedido a nadie de mi familia que hable con la prensa. Nunca te haría algo semejante.
—De acuerdo.
—¿Me crees? —insistió Téa.
—Te creo.
—Pero sigues queriendo echarle la culpa de todo a alguien.
—Sí. No —dijo él suspirando—. Yo tengo tanta culpa como cualquiera.
—Gracias por reconocerlo.
—Téa, quiero que entiendas que esto no cambia nada.
—¿Qué quieres decir?
—Ya lo sabes. Que esto es temporal. Que en un par de meses te dejaré.
—Lo sé.
Téa lo sabía, pero tenía la esperanza… Dejó su copa con extremado cuidado.
—Creo que no me apetece el vino. Estoy agotada. Si no te importa, me voy a la cama.
Él la detuvo. Bastó con que le rozase el brazo con las puntas de los dedos.
—Téa…
El Infierno cobró vida en su interior. Téa deseó girarse y abrazarlo. Rogarle que le diese una oportunidad.
—No. No puedo… —le dijo, intentando controlarse—. Por favor, no.
Y él la dejó marchar sin decir palabra.
Téa se preparó, se metió en la cama y se hizo un ovillo. Aquélla era su noche de bodas y jamás habría imaginado que la pasaría sola. Ni que el hombre con el que se había casado lo habría dado casi todo por arrancarle la alianza del dedo, y por sacarla a ella de su vida.
Las lágrimas se agolparon en sus ojos, corrieron por sus mejillas. Enterró el rostro en la almohada e intentó llorar en silencio. No oyó que Luc abría la puerta y entraba. Casi ni se dio cuenta de que la tomaba en brazos para llevarla a su habitación.
—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.
—Es mi noche de bodas y no pienso pasarla solo.
La dejó en la cama y se tumbó con ella. Le quitó el camisón y la acarició. Y sus manos expresaron lo que él se negaba a decirle. Con

cada caricia, Luc se fue entregando a ella.

Eso fue antes de que la penetrase con cuidado, con dulzura. El clímax fue potente, pero diferente a los demás. Una necesidad cubierta. Dos corazones unidos. No fue la unión de dos cuerpos, sino de dos almas.

Justo antes de que Téa se durmiese, Luc la abrazó y entrelazó los dedos con los de ella. Luego susurró:

—Buenas noches, mi novia del Infierno.

—Buenas noches, mi novio del Infierno —respondió alguien. No era ella. No podía ser ella—. Oh, Luc. Cómo te quiero.

Cuando Téa despertó, estaba sola en la cama.

Luc se había marchado de casa, pero le había dejado café recién hecho en la cocina y una nota que decía: *No vayas a Bling hasta que yo no haya vuelto.* La palabra «no» estaba subrayada varias veces. Y Téa tardó dos tazas de café en darse cuenta de por qué. Si quería echar a su primo y asumir el mando de Billings, antes tendría que urdir un plan. Porque era evidente que Connie lo había hecho.

Se dio una ducha rápida, desayunó y redactó una nota de prensa anunciando el cambio de dirección. Estuvo varias horas retocándola y acababa de terminar cuando Luc regresó. Iba acompañado de un enorme hombre negro que le presentó como Juice.

—Me alegro mucho de conocerte —le dijo éste, dándole la mano —. Luc me ha hablado mucho de ti.

—Espero que solo te haya dicho cosas buenas.

—Suficientes como para que me haya llegado a preguntar qué haces malgastando el tiempo con él en vez de estar conmigo.

Ella sonrió.

—Tal vez si te hubiese conocido antes a ti…

—Estarías dando gracias al cielo.

—Si has terminado de tontear con mi esposa —los interrumpió Luc —. Tengo que contarle las últimas novedades.

Téa contuvo una sonrisa.

—Acabo de preparar café. Me he terminado la cafetera anterior escribiendo un comunicado de prensa.

—Me has leído la mente.

Todos se sirvieron café y se sentaron a la mesa del salón. Luc comenzó a hablar:

—En primer lugar, decirte que Juice, que era mi mejor investigador cuando tenía el negocio de seguridad, ha podido localizar los equipos que Connie ha comprado.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Téa sorprendida.

—Casi mejor si no te lo digo —admitió Juice—. No es del todo le…

Quiero decir…

—Que a ti eso te da igual —abrevió Luc—. Mis hombres están trasladando esos equipos de lugar. Habrán terminado al medio día.

—Espera un momento. ¿Has robado los equipos de Connie?

Los dos hombres se miraron.

—Bueno, técnicamente, esos equipos pertenecen a Billings porque los ha comprado con dinero de la empresa —le explicó Luc—. Lo que significa que son tuyos.

—Está bien. ¿Es eso suficiente para evitar que mi primo monte otro negocio?

—Eso esperamos.

Téa asintió satisfecha.

—En ese caso, el siguiente paso es echar a Connie con la mayor discreción posible, al tiempo que mantenemos a los actuales clientes —dijo, dejando el comunicado de prensa encima de la mesa—. A ver qué os parece.

Luc y Juice lo leyeron.

—Connie no va a ponerse nada contento —comentó Luc sonriendo —. Sobre todo cuando lea que es un familiar lejano de tu abuelo que ha sido destituido como presidente por no conseguir mantener la alta calidad de los productos de Billings, siendo ésta la prioridad de la nieta de Daniel Billings y nueva presidenta de la empresa. Solo hay un error garrafal.

—¿Cuál? ¿Dónde? —inquirió Téa.

—Tu apellido. Ya no eres Téa de Luca, sino Téa Dante.

A Téa se le llenaron los ojos de lágrimas al oír aquello.

—Qué tonta —murmuró—. Lo cambiaré ahora mismo.

En ese momento Luc recibió una llamada de teléfono. Se trataba de Sandford, el oficial de policía. Después de hablar con él, Luc miró a Juice y asintió muy serio.

—Vamos —anunció—. Ha llegado el momento de darle la patada en el trasero al primo Connie.

Capítulo 10

Conway Billings no se tomó bien que le quisieran dar la patada en el trasero.

—¿Por qué entras en mi despacho sin permiso, Téa?

—Te equivocas, ahora es mi despacho. Y no me llames Téa. Llámame señora Dante.

Su primo se quedó boquiabierto.

—¿Cuándo…?

—Luc y yo nos casamos ayer.

—¿Ayer? De todos modos, no tomarás posesión del cargo hasta dentro de un mes. Y todavía no estás preparada para hacerlo.

—Eso, el tiempo lo dirá. Ahora lo único que sé es que tú estás fuera. Te están esperando para acompañarte a la puerta.

Connie fulminó a Luc con la mirada.

—Todo esto es culpa de él, ¿verdad?

—No, Connie —lo corrigió Téa—. Es culpa tuya. ¿O creías que no iba a averiguarlo todo?

—¿El qué?

—Lo de los equipos. Y Billings Prime. Porque ése iba a ser el nombre de tu nueva empresa, ¿no?

—No sé de qué me estás hablando.

—Por supuesto que sí. Has sido muy rastrero, Connie.

—¿Y qué? ¡Ésta tenía que ser mi empresa! Llevo trabajando en ella toda mi vida —le dijo él—. Y tú ni siquiera eres una Billings. Renunciaste a todo cuando dejaste que ese De Luca te adoptase.

—Ésa era decisión de mi abuelo, y lo que está claro es que me dejó la empresa a mí y no a ti. Me pregunto por qué. Supongo que hacía tiempo que te conocía.

—De todos modos, Billings Prime ya está montada y empezará a funcionar un mes antes de lo previsto.

—Pues me parece que te va a resultar complicado, porque he confiscado todos los equipos. Solo tienes el nombre. No tienes ni equipos, ni mercancía que vender, y cuando publiquen mi comunicado de prensa, ni siquiera te quedará la buena reputación.

—¡Eso es imposible! Te… te demandaré.

—Pues hazlo, porque serás tú quien termine entre rejas.

Luc dio un paso al frente.

—Sobre todo cuando el juez se entere de que manipulaste los frenos del coche de Téa.

Ésta se giró hacia su marido al oír aquello.

—¿Qué?

—Me ha llamado el oficial Sandford y me lo ha confirmado.

Ella se giró a mirar a su primo y vio su expresión de culpa.

—Fuera de aquí —le dijo, controlándose para no pegarle—. Y que sepas, Connie, que si a mí me pasa algo, mis hermanas heredarán el negocio. En cualquier caso, te sugiero que vayas buscándote ya un buen abogado.

Los hombres de seguridad de Billings entraron para llevárselo y, cuando todos se hubieron marchado, Téa se dejó caer en el sillón que había delante del escritorio de Connie, bueno, del suyo.

—Ya está —murmuró.

—Ya eres la jefa. Enhorabuena —le dijo Luc.

—Gracias a ti —respondió ella.

—Ha sido un placer ayudarte —dijo Luc, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones y acercándose a las ventanas—. Creo que mi trabajo termina aquí.

—Supongo que sí.

—¿Estás bien?

—Sí. Claro —mintió Téa.

—¿Puedo hacer algo más por ti?

«Quererme. Quedarte conmigo. Hacer que nuestro matrimonio sea real», pensó ella mientras negaba con la cabeza.

—Gracias de nuevo por tu ayuda.

Diez minutos después de que Luc se hubiese marchado, Téa seguía allí sentada, aturdida.

Porque quería a su marido con toda su alma. Y por eso mismo lo había dejado marchar.

Alguien llamó suavemente a la puerta y Juice asomó la cabeza.

—¿Y Luc? —preguntó.

—Se ha ido —respondió ella. Y, de repente, tuvo una idea—. Juice, ¿puedo pedirte un favor? Necesito que encuentres a alguien…

Luc se miró el reloj e hizo una mueca. Había quedado a cenar con Téa y llegaba tarde. Tal vez fuese una manera de posponer lo inevitable. Porque estaba seguro de que Téa iba a pedirle que disolviesen su matrimonio. Y él también quería hacerlo, pero…

Lo acompañaron hasta la mesa, donde había una mujer esperándolo, pero Luc tardó un instante en darse cuenta de que no era Téa.

—Lo siento, debe de ser un error —dijo—. Yo he quedado con mi esposa y…

—No hay ningún error —le contestó la mujer—. No me reconoces, ¿verdad? ¿Y si te digo que me salvaste la vida hace cinco años?

Luc dudó y entonces lo entendió.

—¿Sonya?

Téa se miró el reloj. En esos momentos, Luc debía de estar con

Sonya. Aquél era su primer regalo antes de dejarlo marchar. Y estaba a punto de hacerle el segundo. Había ido a casa de Madam, a darles la noticia a su abuela y a sus hermanastras.

Entró en la cocina y las vio a todas preparando la cena. Tardaron unos segundos en darse cuenta de que estaba allí y, cuando lo hicieron, la recibieron a gritos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Madam—. ¿Dónde está Luc?

—Luc tenía una reunión esta tarde, así que he venido a cenar con vosotras. Tenemos que hablar.

—En realidad —le dijo Sonya—. Ahora me apellido Thompson.

—¿Te has vuelto a casar? —preguntó él sorprendido.

Ella sonrió.

—Han pasado cinco años, Luc, y sigues teniendo los ojos más tristes que he visto nunca.

—Pues los tuyos no están nada tristes —admitió él.

—No, supongo que no —dijo ella, apartándose la servilleta del regazo para que la viese mejor.

—Estás…

—¿Embarazada? —terminó Sonya en su lugar con una carcajada—. Sí.

—¿Qué ocurre, Téa? —le preguntó Madam—. ¿Te ha pasado algo con Luc?

—Sí, vamos a divorciarnos pronto. No quiero que me hagáis preguntas, ni comentarios. La relación no ha funcionado y yo he decido hacer algunos cambios en mi vida. Muchos cambios.

Empezó mirando a su hermana Juliann.

—He sido un desastre como organizadora de bodas, Jules. Y lo siento.

—No has estado tan mal —contestó ésta—. Yo solo quería tenerte a mi lado, pero como siempre has insistido en ocupar el lugar de mamá, pensé…

—Gracias —dijo Téa—, pero ya no quiero hacer más el papel de madre. Solo quiero tu amor de hermana.

Al oír aquello, todas se pusieron a llorar y a abrazarse.

Cuando hubieron terminado, Davida comentó:

—Supongo que ahora me toca a mí.

—Sí —confirmó Téa—. Es tu decisión seguir estudiando o no, yo no pienso discutir más contigo.

—No va a ser necesario —le aseguró Davida—. Me he dado cuenta

de que lo que quiero hacer en realidad es diseñar joyas. Ya he hablado con la esposa de Sev, Francesca, y me va a ayudar al tiempo que voy a clase.

—¿Luc te ha puesto en contacto con…? —empezó Téa.

—Siento que os vayáis a divorciar. Me cae bien. Es simpático.

—Ahora me toca a mí que me cortes la cabeza —las interrumpió Katrina.

—No voy a cortarte la cabeza —le dijo Téa, poniendo el teléfono que la comunicaba con sus hermanas encima de la mesa—. Solo voy a cortar esta línea. Y a empezar a ser más razonable.

—Está bien —le dijo su hermana menor—. Yo también he tomado una decisión. Me voy a hacer militar. Eso o policía.

—¿Es una broma? —preguntó Téa.

—No, en el último año he conocido a muchos policías y… es un trabajo que me interesa.

—¿Y yo? —preguntó su abuela—. También puedes cortar mi línea si quieres.

Téa se echó a reír y la abrazó.

—De eso nada. Siempre estaré disponible para ti —dijo. Luego miró a sus hermanas—. Y para todas, pero como hermana. Como nieta.

Para su sorpresa, Luc disfrutó de la conversación con Sonya, que le contó que, tras recuperarse psicológicamente del accidente, había decidido volver a abrir su vida al amor, y que así era como había encontrado a su alma gemela.

—Pero yo pensaba que tu alma gemela era Kurt —comentó él sorprendido.

—Y yo, pero me equivoqué. Lo único que me gustaba de estar casada con Kurt era… estar casada. Y adoraba a nuestro hijo, por supuesto. Jamás lo olvidaré, pero lo único que puedo hacer para honrar su memoria es darle hermanos a los que les hablaré de él.

Luc tardó un minuto en recuperarse de aquello.

—Bueno, pues me alegro de que lo hayas superado y hayas vuelto a encontrar el amor.

—No te equivoques como hice yo, Luc. No le des la espalda a la vida. Arriésgate antes de que sea demasiado tarde.

Poco después, Luc estaba sentado en su coche, pensativo. Diciéndose que, cuando había salvado a Sonya, le había devuelto la vida, pero había cerrado la suya. Y en esos momentos tenía la oportunidad de volver a abrirla con Téa. Podía abrir su corazón y

arriesgarse.

Se imaginó cómo sería su vida sin ella. Si perdía su cariño y generosidad. Su sentido del humor y su pasión. Y su amor.

No, no quería perderla. Iba a luchar por lo que más quería. Y lo que más quería era a Téa. La mujer a la que amaba con todo su corazón. Su alma gemela del Infierno.

En ese momento sonó su teléfono, era Nonna.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él.

—Tienes que venir cuanto antes. Téa está explicándole a Primo por qué vuestro matrimonio es un error. Y está hablando de divorcio, ¿por qué, *cucciolo mio*?

Téa pensó que el tercer regalo que le había querido hacer a Luc no le estaba saliendo muy bien.

—¿Me entiendes, verdad? —le preguntó a Primo mientras jugaba con su botella de cerveza.

—La verdad es que no. ¿Puedes explicármelo otra vez?

—No sé si voy a ser capaz —admitió.

—Entonces, dime si te gustan los bebés. Luc y tú vais hacer unos bebés muy guapos.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas al oír aquello.

—¿Es que no me has oído? No va a haber ningún bebé —le dijo.

—Por supuesto que sí. Siempre hay bebés cuando el marido es un Dante —dijo fijando la mirada en un punto detrás de ella—. ¿Verdad, Luciano?

—Por supuesto, Primo.

—Vaya —susurró Téa girándose.

—¿Cuántos? —le preguntó Luc a Nonna suspirando.

Su abuela se encogió de hombros.

—Tres o cuatro.

—O cinco —comentó Primo.

—Qué pena que no vaya a acordarse de esta noche —dijo Luc.

—Claro que voy a acordarme. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque mi abuela te ha emborrachado, querida esposa.

—No es verdad.

Luc miró a su abuelo muy serio.

—Haz café. Mientras tanto… yo voy a llevarla a que le dé el aire. Por cierto, he hablado con Sev de camino aquí. Francesca está de parto y van hacia el hospital.

Téa dejó que Luc la sacase al jardín.

—¿De dónde has salido? —le preguntó una vez allí—. ¿O solo te estoy imaginando?

—No, soy muy real —le aseguró él.

—Se está tan bien aquí, que podríamos seguir fingiendo que seguimos casados y tener otra maravillosa noche de bodas.

—No hace falta que finjamos —le contestó él sonriendo—. Seguimos casados.

—Por poco tiempo.

—Es cierto. Solo nos quedan unos sesenta años de matrimonio por delante.

—Ahora sí que sé que estoy soñando.

Él la ayudó a sentarse en un banco, pero no la soltó.

—En serio, ¿qué estás haciendo aquí? —le preguntó Téa.

—Quería darte las gracias por hacer que me reuniese con Sonya esta noche.

—Me daba miedo que te enfadases conmigo —confesó ella.

—Pues no. Y supongo que ya sabes que ha vuelto a casarse y está embarazada.

—¿De verdad? Qué bien. ¿Y he oído que Francesca está de parto o me lo he imaginado?

—No te lo has imaginado, Francesca está de parto. Y tú estás borracha porque yo le he pedido a mi abuela que te entretuviese mientras llegaba. Porque quería darte esto.

Sacó una caja pequeña y la abrió. Dentro de ella había el anillo más bonito que había visto Téa.

—No lo entiendo —dijo ésta cuando por fin fue capaz de reaccionar.

—Te quiero, Téa. Y quiero un matrimonio de verdad. Un matrimonio permanente.

—No —susurró ella—. Tú no quieres eso. Quieres estar solo.

—Estaba equivocado. No puedo vivir así. Ya no. No puedo vivir sin ti.

—Oh, Luc. Y yo he venido aquí para dejarte libre, pero tus abuelos no querían escucharme.

—Porque sabían que eres tú. Mi novia del Infierno.

—Oh, Luc. Te quiero tanto.

—Y yo a ti, Téa. Mi vida estaría vacía sin ti —le dijo, poniéndole el anillo en el dedo—. Es de nuestra línea de alianzas y, por si te interesa, tiene un nombre. Por eso lo he escogido.

—¿Qué nombre?

—El Infierno de los Dante, por supuesto.

Epílogo

Nonna brindó con Madam.

—*Salute.*

Madam sonrió de forma trémula.

—Lo hemos conseguido, ¿verdad?

Nonna miró a Luc y a Téa con satisfacción.

—Lo hemos conseguido. Ya solo nos queda el paso número cuatro —añadió.

—¿El paso número cuatro? ¿Y cuál es? —preguntó Madam preocupada.

—Los bebés. Unos preciosos bebés Dante. Varones para esta pareja —contestó Nonna, mirando a su nieto—, pero ese paso ya se lo dejo a Luc, que creo que lo tiene controlado.

Desde la ventana de la cocina, Rafe Dante observó a Luc y a Téa mientras sonreía con cinismo. Estaban en el jardín de Primo, celebrando su boda. También estaban allí los bebés de Francesca y Kiley. Ambos varones, por supuesto. Las madres lo estaban comparando todo, desde las experiencias del parto a las comidas. ¡Incluso estaban comparando los dedos de los pies de los bebés!

Y su pobre hermano, Luc, la última víctima del Infierno, parecía interesado en ellos. Rafe se sintió solo, aunque eso era lo que quería, ¿no? Leigh le había hecho sufrir mucho y no quería que ninguna otra mujer volviese a hacerle daño, pero al ver a su familia así…

Se dio la vuelta.

Poco después, Luc se acercaba a él.

—Enhorabuena, hermano —le dijo Rafe.

—Ya sé que tú también eres uno de los incrédulos.

—Por supuesto que sí.

—Supongo que eso tenemos que agradecérselo a Leigh —comentó él—. Dime una cosa. ¿Creías en el Infierno cuando te enamoraste de ella? ¿Cuándo os casasteis?

Rafe le dio un trago a la copa de *whisky* que tenía en la mano.

—¿Qué te hace pensar eso?

Luc se quedó inmóvil.

—Espera un momento. ¿No sentiste…? —preguntó, frotándose la palma de la mano.

—No seas ridículo, claro que no.

—¿Me estás diciendo que jamás sentiste el Infierno con Leigh?

—Estás tan loco como los demás. No hay ningún Infierno, Luc.

Éste se limitó a sonreír.

—No, no, no —le dijo su hermano enfadado—. El Infierno no existe, es solo deseo.

—Claro que sí, Rafe. Sigue pensando que eres inmune. Es evidente

que Leigh no era la mujer adecuada —le aseguró Luc.

—¿Eso piensas? —le preguntó su hermano.

—Lo que yo piense da igual, lo importante es que, si Leigh no era la adecuada, la que sí lo es sigue estando ahí afuera, en alguna parte. Cuando la encuentres, lo sabrás. Y entonces veremos quién tenía razón.

Fin